
SILENCIO PARA
UN MUERTO
MORTIMER CODY
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

Mortimer Cody

SILENCIO PARA UN MUERTO

■

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

DEPOSITO LEGAL. V. 1149.—1962.

NUM. RGTRO.: 1636.—1962.

PRINTED IN SPAIN

EDITORIAL VALENCIANA.—VALENCIA



CAPÍTULO 1

Norton Sprague no podía disimular su malhumor. Uno de los efectos de la furia, era que conducía su automóvil a ciento ochenta millas a la hora, por la carretera E-111 alejándose de Gran York. Otras de las muestras, consistía en que, mientras conducía con una sola mano, la otra la ocupaba en estrujar cigarrillo tras cigarrillo.

Por lo visto, no le importaba en absoluto que fuera de noche, puesto que los potentes faros del automóvil se bastaban para iluminar con toda claridad la azulada cinta de la carretera.

-¡El Maestro Espacial Werbener! -mascculló -. ¿Qué diablos le ocurrirá a ese viejo loco? Algún invento de los suyos, seguro... ¡Como si todavía pudiera inventarse algo!

El, en cambio, había visto estropeada, esfumada en el aire, por obra y gracia de una llamada del general J.L. Haynes, de la Brigada de Defensa Espacial, aquella noche. Y aquella debía haber sido su velada.

La mejor de todas. ¿Acaso Kary no era una chica estupenda? ¿Y hasta quién sabe si aquella noche hubiera conseguido que ella le aceptara...?

-¡Bah! ¡Al diablo! ¿Por qué se me ocurriría enrolarme en la B.D.E. (Brigada de Defensa Espacial)? Claro, imbécil. No sabes vivir tranquilo. Siempre buscando líos y complicaciones... ¡Bah!

Bueno. Es cierto eso de que pequeñas causas, grandes efectos. Norton Sprague, furioso, con el cerebro nublado por la ira total, porque aquella noche no podría ver a Kary Winter, ni tan siquiera pensó en conectar el televisor adosado al coche especial, con la casa del Maestro Espacial Werbener.

Ni se acordó que una de sus obligaciones era controlar en todo momento a la persona que reclamaba ayuda a la Brigada. No. No se acordó.

Sólo refunfuñaba y maldecía. Y fumaba.

-Viejo loco... ¿Qué te ocurrirá ahora? Tiene que ser algo importante para que el general Haynes me haya movilizado, pero como sólo sea una falsa alarma...

Entrecerró los ojos, y por su cerebro pasaron una serie de insultos, a cual más contundente y ofensivo.

Miró la hora en su reloj. Las diez menos cuarto de la noche.

A aquellas horas, él hubiera podido estar con Kary... Y, por lo menos, la hubiera visto sonreír. Ya era suficiente; una sonrisa de Kary era un rayo de luz, de vida...

-¡Bah!

Entreabrió una de las ventanillas del coche; dejando que el aire penetrara en el interior del vehículo. Dejó de fumar, y empezó a sentirse mejor. Más despejado.

Al fin, antes de que pudiera darse cuenta del error en que había incurrido al no conectar el televisor, se encontró frente a .la torreta metálica que el Maestro Espacial Werbener utilizaba para sus trabajos.

Norton Sprague frunció el ceño...

-¡Diablos! Ahí ha ocurrido algo... Luz roja... y no creo que se trate de una broma.

Cuando pisó el freno del automóvil, Norton había palidecido.

Personalmente, le importaba muy poco lo que le hubiera ocurrido al Maestro, pero no era ésa la cuestión. El debía haber evitado cualquier contingencia. Para eso le había enviado el general allí, a aquella casa.

-Bueno -se dijo -. Puede que sea una de sus tonterías...

No obstante, Norton Sprague, no estaba muy convencido de ello. Sabía que en las torretas de estudio sólo se encendía luz roja cuando el peligro era latente, real. Se apeó del vehículo; comprobó que el arma nuclear estaba convenientemente cargada, y se lanzó corriendo hacia la torreta, cuya puerta, para mayor alarma de Norton, estaba abierta.

Inminente, Sprague se vio en el calabozo. Su desidia sería castigada. Seguro. Y podía considerarse feliz si no le encarcelaban en alguna de aquellas frías cárceles espaciales...

No obstante, se rehizo pronto de su pesimismo. Había que actuar.

Con precaución, penetró en la torreta, echando una rápida ojeada al interior. Sin meditarlo, empezó a caminar por el corredor de suelo metálico, con la pistola empuñada. Fue leyendo los letreros colocados sobre las puertas, hasta que dio con el que buscaba.

Allí estaba: Investigaciones Maestro Werbener.

Norton contempló unos instantes la puerta de cierre neumático. ¿Cómo diablos iba a poder entrar allí?

No obstante, cuando realizó el gesto maquinal de empujarla comprobó, con asombro, que cedía.

También luz roja, al igual que en el corredor.

Al fin, se decidió a abrir la puerta, y pudo contemplar el interior de la estancia. -

Pocos segundos le bastaron para recorrerla con la vista, y para que sus grises -pupilas tropezaran con aquel cuerpo tendido en el suelo.

Norton silbó, asombrado:

-Una mujer...

Sí. Una mujer. Caída de bruces.

Norton empezó a acercarse a la mujer, con el ceño fruncido. ¿Qué significaba aquéllo? No sabía que Werbener tuviera auxiliares femeninos. Y no cabía duda de que lo era, a juzgar por el ropaje de laboratorio que lucía, además de un par de piernas maravillosamente torneadas.

Se inclinó sobre ella, y la zarandeó suavemente, tras comprobar que

sólo estaba desvanecida. Repitió la operación tantas veces como fueron necesarias, hasta que los ojos de la mujer s. abrieron.

Ojos negros, que expresaban miedo:

La mujer, antes de mirar a Norton, dirigió sus pupilas hacia un rincón.

-¡La máquina...! -gritó, incorporándose súbitamente -. ¡La máquina!

Norton preguntó:

-¿Qué máquina?

Al fin, Gloria pareció reparar en Norton. Le miró con ojos muy abiertos.

-¿Quién es usted? -inquirió, mientras retrocedía.

-Norton Sprague. De la B.D.E.

Gloria abrió los ojos, sorprendida. Se apretó las sienes con ambas manos.

-No consigo recordar nada... -murmuró.

-Vamos, señorita..., eso está ya muy gastado. ¿Dónde está el Maestro Werbener? ¿De qué máquina hablaba usted? Y, por último, ¿qué es lo que hace usted aquí?

Gloria tardó unos segundos en responder. En realidad, casi no miraba a Norton. Sus pupilas estaban fijas en el rincón de la nave en que aseguraba había estado una máquina.

-No puedo creerlo... Fue todo tan rápido...

Norton, desconcertado, también se dedicó a mirar detenidamente la estancia de paredes metálicas insonorizadoras. Mucho aparato complicado, al menos para él.

Se volvió hacia Gloria.

-Empezaremos por el principio. ¿Cuál es su nombre?

-Gloria..., Gloria Farrow. Estoy al servicio del Maestro Werbener desde hace un mes aproximadamente... El Maestro estaba trabajando en un aparato de alta potencia... -miró con cierta desconfianza a Norton -. Su valor era incalculable para la Defensa Espacial de la Tierra.

-Ya. ¿Y qué ocurrió?

Gloria parecía abatida. Sus ojos expresaban impotencia y algo de súplica, cuando se posaron en los de Norton.

-No recuerdo nada -musitó -. Nada. A juzgar por lo que estoy viendo en estos momentos, el Maestro y su máquina han desaparecido.

-¿A quién puede ser útil ese aparato?

-¡Oh! Gloria se asustó -. A cualquiera de los Mundos habitados que conocemos...

Norton quedó pensativo unos instantes. Bien; no era difícil adivinar lo ocurrido. Alguien interesado en el aparato se había alzado con él y con el Maestro.

El joven suspiró.

La cuantía de la condena dependía de la importancia de la máquina. Y si era tanta como Gloria aseguraba...

-Dígame, señorita Farrow. ¿La máquina estaba terminada?

-Sí..., sí. Quizá un ligero repaso en el motor de ondas...

-Entonces, ¿para qué diablos quieren a Werbener?

-¡Es cierto!

-Claro -gruñó Norton -. Oiga, ¿de veras no recuerda nada?

Los bellos rasgos faciales de Gloria se atirantaron. En un gesto de dignidad ofendida, se echó un abundante mechón de cabello negro hacia atrás.

-De veras.

Norton miró fijamente unos instantes. Al fin, optó por sentarse en uno de los taburetes de trabajo.

Encendió un cigarrillo.

-Veamos empezó -. El Maestro trabajaba en la producción de una máquina cuya utilidad, según usted, es importante...

-Importantísima -corrigió, secamente.

-Bueno..., importántísima. Cuando, por lo visto está a punto de funcionar, alguien llega y tranquilamente se lleva el aparato y al Maestro. Usted, por otra parte, aparece aquí desvanecida y asegura no recordar nada de lo ocurrido. Curioso, ¿no?

Gloria enrojeció ligeramente.

-Usted es un irresponsable -replicó, furiosa -. Y empiezo a sospechar que... ¿Cómo es que ha llegado tan oportunamente? ¿Quién le ha llamado?

El rostro de Norton se ensombreció.

-¿Tampoco recuerda haber dado la alarma, luz roja, ni de haber avisado al general J.L. Haynes?

Gloria unió las manos, y se las estrujó nerviosamente.

-No -respondió, lacónicamente.

Norton soltó un bufido. No obstante, de súbito, sus facciones se iluminaron. Abandonó su asiento, y se acercó a ella.

-Ya tengo la solución.

-¿Sí?

-Naturalmente. Al menos parte de ella. Usted, sin duda, sabe dónde está instalado el magnetofón automático... En él estarán registrados cuantos sonidos, conversaciones, o monólogos se hayan producido últimamente en esta nave.

Gloria, más animada, le sonrió.

-Perdone. No había reparado en ello. Claro que sé dónde está. En estos instantes, debe estar registrando nuestras palabras.

Norton respiró, algo aliviado. Bueno. Aquello podía conducir a alguna pista...

El grito de sorpresa de Gloria interrumpió su moderado optimismo.

-¡No está!

-¿El qué no está?

-El magnetofón...

-¡Diablos!

Los dos jóvenes se miraron. En aquel instante, Norton dejó de pensar en Kary y su velada estropeada. Presentía algo grave. Aquella situación no era normal.

-¿Quiénes trabajaban aquí, señorita Farrow? ¿Quiénes conocían la existencia del magnetofón y su emplazamiento? Gloria palideció. No se le había ocurrido aún...

-Na -nadie... -tartamudeó -. Sólo el Maestro y yo...

-¡Ah!

Norton soltó una carcajada.

-¿De qué se ríe?

-Muy sencillo, señorita Farrow, Usted, pese a sus maravillosas dotes de actriz, va a pasar a la cámara de confesiones. ¿De acuerdo?

Gloria le miró, aterrorizada. Su bello rostro sequía muy blanco.

- Insinúa... insinúa que yo puedo haber hecho eso...

Norton sonrió. Luego, encogió los anchos hombros.

-Se verá a su debido tiempo. Ahora, tendrá que acompañarme.

De súbito, Gloria se echó a reír.

-¿Sabe qué pienso?

-No. No soy telépata.

-Ni siquiera es usted inteligente -sonrió Gloria -. Sospecha...

-¡No sospecho! -gritó Norton, furioso -. Estoy seguro de que usted es, por lo menos, cómplice de los autores de esto. Y ahora mismo va a comparecer ante el general Haynes.

-¿De veras?

Norton se desconcertó. ¿A qué venía el cambio de actitud de la muchacha? ¿Por qué parecía tan segura de sí misma?

-Bueno. A menos que consiga convencerme de su inocencia. Pero ha de ser ahora. Procure recobrar la memoria, ¿eh?

La miró rápidamente, comprobando la elegancia de las formas de Gloria.

-Le propongo -siguió - que tomemos algo... Algo que la tranquilice y...

-No, señor Sprague. Estoy muy tranquila. Y, también estoy convencida de que aquí, en esta nave, situada en la milla 98 de la carretera E -111, ha actuado una fuerza que desconocemos.

-¡Bah! patrañas. Sólo usted y Werbener conocían el aparato y, esto es muy significativo, el emplazamiento del magnetofón. ¿Quiere hacerme creer que ha intervenido alguien extraterrestre?

-Exactamente.

Norton se echó a reír.

-¿De qué planeta? ¿Venus? ¡Bah! Y no me diga que de la Galaxia Aferea... Tuve ocasión de ver a un habitante de uno de sus mundos y... no los creo capaces.

-Puede tratarse de algún habitante de un mundo desconocido.

-Seguro, señorita Farrow, seguro. Todo esto lo discutirá en la cámara de confesiones.

-No iré a la cámara de confesiones, señor Sprague -afirmó. con absoluta seguridad.

-¿No?

Norton encendió otro cigarrillo. Miró a la mujer a través del humo del tabaco.

-No.

El joven empezó a sonreír.

-Sentiría tener que emplear la fuerza, señorita Farrow... Es usted muy bonita..., y las mujeres bonitas me desarman, ¿sabe? No obstante...

Norton se acercó a Gloria y acarició un brazo de la mujer, que no opuso resistencia alguna. Bueno, había conseguido olvidar a Kary...

Pero fue por un fugaz instante. Aquel grito, aquella voz que había llegado a sus oídos... Cerró los ojos un instante antes de volverse hacia la puerta neumática, abierta totalmente.

Allí, con los ojos brillantes de ira, estaba el general Haynes.

-¡Sprague! ¡Maldito seas!

-Señor... Yo no he podido...

-¡Bah! ¡Cállate! ¿Qué tal, Gloria? ¿Qué ha ocurrido?

Los ojos de Norton se abrieron desmesuradamente. ¡Gloria y el general eran conocidos! ¡Ahora comprendía la seguridad de aquella mujer!

-Bien, general... No sé cómo empezar a explicarle... -empezó Gloria, tras dirigir, disimuladamente, una burlona sonrisa a Norton, quien había enrojecido violentamente al comprender su plancha.

El general J.L. Haynes miró, confuso, a Gloria.

-¿Qué quieres decir, muchacha? ¿No sabes explicar lo ocurrido?

-No -respondió, con desaliento, Gloria.

-Pero... -los cabellos cortos y blancos del general parecieron ponerse de punta; su rostro se congestionó -. Pero muchacha, ¿estás loca? Te envío aquí hace un mes para que ayudes a Werbener y, de, paso, lo protejas... Ahora, veo que Werbener ha desaparecido, y tú no sabes explicarme nada...

Norton sonrió, divertido. Adivinaba los apuros de aquella extraña mujer.

-¿Y el aparato? -siguió preguntando el general.

-También..., también ha desaparecido...

-¿Cómo? -estalló Haynes.

- Sí, señor - intervino Norton -. También el magnetofón automático. Raro, ¿no? Si me permite, en pocas palabras le pondré al corriente de lo ocurrido...

-¡No te permito nada! -gritó Haynes -. ¡Ah! Y me olvidé decirte que estás arrestado por fracasar...

-Pero, señor...

-¡Cállate! ¿Es que no conoces el Reglamento?

-Sí, señor -suspiró Norton -. Pero quisiera explicarle...

El general parecía a punto de estallar.

-No digas más, Norton -dijo, al fin, haciendo un enorme esfuerzo por serenarse -. Gloria me pondrá en antecedentes de lo ocurrido.

Gloria, obedeciendo el gesto del general, empezó a hablar. Explicó detalladamente lo ocurrido.

Cuando terminó, el general Haynes, pensativo, se frotaba el mentón.

-Opino como tú, Gloria -dijo -. Tu pérdida de memoria; ese lapso extraño y la desaparición del magnetofón, parecen darte la razón.

-Qué podemos hacer, general? -inquirió la joven -. Si ese aparato ha caído en manos de algún Mundo extraño y belicoso, no lo vamos a pasar muy bien...

-Lo sé; lo sé, pequeña... Esa máquina es la mejor arma de defensa que se ha conocido hasta ahora... y, cualquier Mundo... con ella en su poder, será inmune a cualquier ataque... Al mismo tiempo, ello le dará la oportunidad de atacar, por saberse bien protegido.

Norton, asombrado, empezaba a comprobar la importancia de aquel aparato... y a comprender el lío en que estaba envuelto. Arrestado, sí; pero eso de momento. Luego, si las cosas iban mal...

Encendió un cigarrillo, con mano nerviosa.

CAPÍTULO 2

-¡Norton, deja de fumar!

-Sí, si señor.

Norton pisó el cigarrillo y observó a Haynes y a Gloria, quienes ahora, guardaban un penoso silencio.

-Señor..., ¿puedo saber en qué consistía ese aparato?

J.L. Haynes bufó.

-¿Para qué?

Norton sonrió. Decidió utilizar sus dotes de persuasión.

-Bien. Como he de ser yo quien se encargue de esclarecer este caso, creo que lo oportuno es saber a qué atenerme.

Las hirsutas y blancas cejas del general se arquearon. Su mentón se adelantó furiosamente.

-Además de inepto, loco, Norton. ¿Cómo se te ha ocurrido esa majadería?

-No es ninguna majadería, señor. Reconozco haber fracasado en la primera parte; pero creo que esto no ha terminado aún. El Maestro Werbener es un ser humano, como nosotros. No puede volatilizarse y, por tanto, debe estar en algún sitio. Yo prometo encontrarlo.

-¡Bah! Tú eres un cabezota, y como, por lo visto, nos enfrentarnos a gente que tiene extraños poderes, no me sirves.

Gloria sonrió burlonamente ante el sonrojo de Norton.

-Además, estás arrestado Norton -siguió el general, con menos fuerza.

-El caso es vital, señor. Creo que por una vez podríamos transgredir el reglamento.

Los ojos del general se posaron, muy fijos en los de Norton. Durante unos instantes, permaneció en silencio.

-Está bien, Norton. Tú lo harás.

Una expresión de alivio apareció en el bien parecido rostro de Norton, mientras el de Gloria expresaba desencanto.

-Gloria te explicará en qué consiste el aparato. Y tienes cuarenta y ocho horas para encontrar a Werbener.

Tras estas palabras, el general J.L. Haynes, de la Brigada de Defensa Espacial, dio media vuelta y se retiró hacia la salida, sin volver ni una sola vez

la cabeza.

En el laboratorio, Gloria y Norton se miraron, desafiándose.

-¿Oyó al general, señorita Farrow?

-Sí.

-Hábleme del aparato.

En el rostro de Gloria se compuso la expresión de superioridad que suelen adoptar algunos científicos mediocres.

-Siéntese, Sprague. La explicación es larga.

-No, no. Procure prescindir de tecnicismos que yo no voy a comprender -y usted lo sabe -, y explíquese con claridad.

Estas palabras mortificaron visiblemente a Gloria, que tuvo que realizar un esfuerzo para empezar a hablar con serenidad.

-Se trata de un emisor de ondas concéntricas continuas. Dichas ondas son portadoras de unos rayos vibradores, capaces de separar las moléculas de cualquier cuerpo extraño que intentase atravesar su radio de acción, extensible a cien mil millas de distancia.

Norton escuchaba con atención, aunque le costaba trabajo creer aquello. ¡Y pensar que estaba convencido de que era imposible inventar ya más cosas!

-Por tanto -siguió Gloria, complacida por la expresión de asombro del rostro de Norton -, ese aparato, puesto en funcionamiento con sus rayos vibrátiles destrozaría, es decir, desintegraría a cualquier ejército que intentase atacarnos cuando llegase a la distancia de esas cien mil millas que domina, aun cuando el Maestro Werbener tenía el propósito de estudiar la amplificación de dicha distancia. El manejo del aparato es sumamente fácil, aunque debe estar guiado por una mano experta, conocedora de la materia que se emplea para su. funcionamiento.

Unas gotas de sudor perlaban la frente de Norton.

-Creo que comprendo.

Gloria sonrió.

-Bueno, al menos lo que respecta a la importancia de ese descubrimiento. Cuando vea al Maestro Werbener le presentaré excusas por... Bueno no importa. Lo cierto es que no podemos permitir que ese aparato salga de la Tierra.

-Eso es muy sensato. ¿Cuándo piensa empezar a trabajar?

-Ahora mismo. Supongo que Werbener tiene algún domicilio particular, ¿no?

-Lo tiene. Arteria 26, cuadra 5ª -E.

Norton empezó a sonreír. Sí que era bonita Gloria Farrow, aunque le molestaba bastante aquel aire de superioridad que lucía.

-Bien, señorita. Hasta la vista.

Norton se inclinó algo burlonamente, y caminó hacia la salida. Antes de que atravesara el dintel de la puerta, sonó la voz de Gloria.

-¡Espere! ¿Le importaría lIevarme a casa? En realidad, tengo un poco de miedo.

-Desde luego, Gloria..., ¿Me permite que la llame así?

-Como quiera -dijo la joven, con indiferencia.

Norton soltó un bufido. Inaccesible... Eso era Gloria, además de fría. ¡Bah! Después de todo, aunque Kary no fuese tan guapa, era mucho más agradable, más apasionada...

Sin pronunciar palabra, Norton precedió a Gloria en la salida de la torreta metálica, dirigiéndose directamente a su automóvil.

Tras poner el vehículo en marcha, una vez averiguadas las señas de Gloria, conectó el televisor, buscando con los diales de distancia y dirección el domicilio del Maestro Werbener, que no tardó en aparecer en la pantalla...

-No hay nadie -gruñó.

-¿Es que no lo esperaba?

-Sí..., sí. Por supuesto. Pero esa leve esperanza...

De pronto, las imágenes de la pantalla se tornaron borrosas.

Extrañas manchas, de forma casi humana, cobraron vida, espeluznando a Norton Sprague, cuyo rostro mostraba una total ausencia de sangre.

El joven, sin articular palabra se volvió hacia Gloria y por la expresión del rostro de la mujer comprendió que también lo había visto.

Aquellas manchas, tres en total, recorrían la estancia que hacía las veces de despacho en el domicilio de Werbener, y que la pantalla mostraba con sorprendente nitidez.

-Empiezo a creer que tenía usted razón, Gloria - murmuró Norton, sin separar la vista del televisor.

-Sí..., sí. ¿Se ha fijado en las características de esos seres?

-Parecen de gelatina, ¿no? O como sombras...

-Claro. Son proyecciones.

-¿Proyecciones? - inquirió, atónito, Norton.

-Sí. Desde su Mundo los han proyectado al nuestro y ...

De súbito, aquellas manchas extrañas visibles por la pantalla del televisor, empezaron a temblequear ostensiblemente, y a retorcerse extrañamente. Ello duró apenas unos segundos. Luego, habían desaparecido.

-Ya no están -musitó Norton -. ¿Qué habrá ocurrido?

Gloria, muy pálida, contemplaba hieráticamente la pantalla del televisor.

-No lo comprendo. ¿Vio cómo temblaban; cómo se retorcían?

-Sí. ¿Cómo puede afirmar usted que son proyecciones de otro Mundo?

-Gloria sonrió, con cierta amargura.

-Nosotros también lo intentamos, sin obtener otra cosa que un fracaso absoluto. Eso me hace suponer que esos seres son más inteligentes que nosotros. Ya no me extraña ese lapso de mi memoria...

-¿Cómo habrán podido hacerlo?

- Eso lo ignoro, aunque no me sorprendería que fueran portadores de rayos paralizantes, de efecto corto. Norton sintió un intenso escalofrío.

-Creo que debemos comunicar nuestro descubrimiento a las autoridades, señor Sprague -dijo Gloria -. Aun cuando no sabemos las intenciones concretas de esos seres, el hecho de haberse apoderado de Werbener y de su aparato indica claramente que no son buenas para nosotros.

Norton apretó los labios.

-Antes quiero hacer una visita personal al domicilio de Werbener. Pero tras dejar a usted en su casa. ¿Tiene familia?

-Una hermana.

-¿Tan bonita como usted? Gloria hizo un gesto de enojo.

-¿No puede dejar eso ahora? Tuve razón cuando le dije que es usted un irresponsable. ¿No comprende que de nosotros depende ahora la tranquilidad de millones de hombres?

-Y de mujeres, claro -sonrió Norton -. Continúo pensando en que será mejor que actúe yo solo, y hacer lo que estime conveniente.

Gloria se encogió de hombros.

-No podrá impedir que yo vaya a ver al general Haynes. Él debe estar

al corriente de lo que ocurra.

En aquel instante, Norton pisaba bruscamente el freno del automóvil, consiguiendo que el cuerpo de Gloria, violentamente impelido hacia adelante, fuese a chocar contra el suyo propio.

Antes de que la muchacha consiguiera reaccionar, los brazos de Norton habían rodeado su cintura y la besaba en los labios.

Gloria resistió, impasible, el beso. Luego, mirándole con desdén, deshizo el abrazo.

-¿Siempre actúa así? Es un recurso de pobre hombre...

Gloria se sintió apresada de nuevo, esta vez más violentamente. Sus labios no correspondieron al beso de Norton.

-¡Bah! Es usted hielo, muchacha -comentó Norton, mientras abría la portezuela del automóvil para que Gloria descendiera.

Apenas la joven hubo puesto los pies en el suelo, Norton apretó el acelerador del vehículo, dirigiéndose rectamente hacía el domicilio de Werbener, sintiendo un amargo sabor en su boca. Lástima que Gloria fuese tan arisca...

Apenas tardó diez minutos en llegar frente a la casa particular de Werbener. Se apeó del automóvil, y se dirigió, casi corriendo, hacia la entrada.

Empujó la puerta, que cedió fácilmente y cuando iba a entrar en la casa, un olor insoportable, nauseabundo, estuvo a punto de hacerle perder el conocimiento, al mismo tiempo que su estómago se revolvía, preso de violentas convulsiones.

Pese a su fuerza de voluntad, Norton tuvo que retroceder unos metros, y buscar ansiosamente el aire libre de la ancha calle, solitaria en aquellos instantes.

-¡Diablos! -mascullό -. ¿Qué puede ser eso? Parece como si se tratara de materia quemada..., o derretida...

Recordó los temblores de aquellas manchas captadas por su televisor, y pensó que, realmente, la presencia de Gloria hubiera sido útil. Ella, con su ciencia, hubiera podido establecer alguna relación entre aquellos extraños seres, sus temblores y el fétido olor que desprendía la casa de Werbener.

Norton extrajo un pañuelo del bolsillo y se enjugó la frente. Para calmar un tanto su excitados nervios, encendió un cigarrillo, meditando sobre

lo que debía hacer. Al fin, tras suspirar, decidió que lo mejor sería seguir las indicaciones de Gloria Farrow. Le iría con el cuento al general Haynes, y allá se las compusiera.

Y si le encarcelaban, al menos estaría tranquilo. No le gustaba aquello.

Decidido, se introdujo en el automóvil, pretendiendo encenderlo. Sus esfuerzos fueron inútiles. Resoplando, convencido de que se trataba de alguna avería, quiso apearse para examinar el motor.

No obstante, no llegó a hacerlo. Fue entonces cuando les vio.

Eran dos.

Dos seres estremecedores, extraños, repulsivos, pese a su apariencia delicada.

Durante unos segundos, Norton, atónito, estupefacto, estuvo contemplando a aquellos dos seres, cuya apariencia era casi humana.

Sus miembros eran muy largos y delgados, de color rosado pálido. Sus cabezas, muy redondas y sin pelo, lisas completamente. Ojos hundidos, y sin brillo alguno. La boca era una desdentada abertura.

Se movían de un modo extraño, avanzando con movimientos ondulantes, sin mover los pies, sin dedos.

Ambos, en la manos, portaban diminutas pistolas, muy brillantes.

Norton, aterrado, les veía avanzar, sintiéndose incapaz de hacer movimiento alguno. Comprobó la debilidad física de aquellos seres, y vio latir el cerebro sobre los lisos cráneos.

Vio cómo uno de ellos levantaba la pequeña pistola, que apuntó a su cabeza. Como un relámpago, acudieron a su mente las palabras de Gloria. Sí. Era posible que aquellas pistolas contuviesen rayos paralizantes...

Haciendo un violento esfuerzo, Norton consiguió moverse. Pudo esquivar un azulado, brillante cegador rayo, aun a costa de una dolorosa torsión. Cayó sobre el volante del automóvil, clavando, inconscientemente, el codo en el claxon.

El claxon comenzó a emitir su monótono y vibrante sonido.

Los ojos de Norton casi se desorbitaron, al contemplar las extrañas contorsiones de aquellos cuerpos. Pero, ¿por qué?

¿Qué estaba ocurriendo?

Dejó de apoyar el codo en el claxon, y, estupidizado, vio como ambos

volvían a la normalidad, aunque sus cuerpos aún temblaban ligeramente.

Comprendió.

Eran las vibraciones lo que hacían temblar a aquellos seres. Sus cuerpos vibrátiles respondían negativamente a sonidos de su misma naturaleza.

Norton soltó una risa salvaje. Iba a comprobar mejor los efectos que producía el sonido del claxon en aquellas criaturas.

Volvió a apretar el botón, apresando entre los sonidos a los dos extraterrestres. Entretanto, con la mano libre, Norton, sin dejar de mirar a aquellas masas vibrantes, descolgó el receptor telefónico, pulsando insistentemente el timbre de llamada.

Al fin, contestaron desde la Central de la Brigada.

Norton, rápidamente, dio las señas en que se encontraba.

-Y conecten en seguida los televisores alrededor de mi automóvil. Les aseguro que se llevarán una sorpresa.

-¡Eh. Norton! ¿Qué te ocurre? ¿Te has vuelto loco?

-No, Manders, no. Haz lo que te digo, y procura ponerte en contacto con el general Haynes, para que él vea también lo que está ocurriendo a mi alrededor.

-Lo haré, pero es bastante tarde y puedes imaginar cómo se pondrá el viejo si le interrumpes el sueño por una tontería.

-No temas, Manders. Seguro que el general no está durmiendo. ¡Y date prisa, zángano, que se me están desintegrando!

-¿ Qué dices, idiota? - tronó Manders. Norton no pudo contestar.

Se sentía incapaz de otra cosa que no fuese mirar aquellos dos cuerpos que, a causa de la continua vibración de claxon, se iban descomponiendo entre violentos temblores y contorsiones, pero sin dejar rastro de materia alguna.

-¡Norton! ¡Norton! ¡Responde! -se desgañitaba Manders.

Pero Norton apenas le oía. Hubiera dado media vida por estar lejos de allí en aquellos momentos. Empezaba a comprender muchas cosas. Y una de ellas era el olor que empezó a enrarecer el ambiente. A medida que aquellos cuerpos se iban deshaciendo, se percibía con más fuerza.

Ahora, ya sólo veía las cabezas de los extraterrestres. Sintió unas enormes náuseas. La vista se le nublaba.

Aquellos dos pares de ojos muertos, sin brillo. Aquella terrible tortura

que se adivinaba por el rictus de sus bocas...

Ya ni siquiera las veía. Tenía que hacer algo. Soltar el claxon. Eso era. Y lo soltó inmediatamente, confiando en que, al menos, conservaría parte de aquellas cabezas, para el estudio de los maestros biólogos de la Tierra.

No obstante, se desesperó al ver que a causa de los últimos ecos producidos por el claxon, aquellos pedazos se disolvían lentamente.

Estremecido, furioso contra sí mismo por su falta de previsión, por su estupidez, ni se daba cuenta de las insistentes llamadas de Manders.

Al fin se dignó pronunciar unas palabras. -Tarde ya, Manders.

-Pero... ¡No cuelgues...!

Entre otras cosas, Norton había colgado el teléfono por no poder resistir ni un minuto más en aquel lugar impregnado de un olor fétido, que atravesaba todas las barreras.

Bien. Al menos, no había recibido el rayo paralizante, y podría explicar al general Haynes cuanto había ocurrido... Se pondría furioso. Seguro.

Sabiendo que no podía poner en marcha el automóvil, Norton abrió la portezuela y se lanzó al exterior, conteniendo la respiración mientras le fue posible, a fin de no respirar aquel olor.

Corrió. Corrió locamente, siguiendo aquella carretera hacia adelante, sin reparar en la mirada de asombro que le dirigían algunos conductores, que tenían que efectuar bruscas maniobras para no atropellarle.

Norton sintió la falta de aire en sus pulmones, a punto de estallar por el enorme esfuerzo a que estaban sometidos. Las piernas empezaron a doblársele. Sus ojos apenas veían, pese a la enorme iluminación de la carretera,

Pensó que estaba al borde del desvanecimiento.

Y, efectivamente, Norton apenas pudo recorrer diez metros más. Cayó de bruces, perdidas las fuerzas, quedando casi en el centro de la asfaltada carretera.

CAPÍTULO 3

No ha bebido, señor.

-¿No? Bueno, entradle en el automóvil.

El general Haynes, con las cejas peligrosamente juntas, miraba al desvanecido cuerpo de Norton, mientras dos agentes de la B.D.E. lo depositaban en el interior del automóvil.

Poco después, regresaban a la sede de la Brigada, donde Norton fue debidamente atendido, no tardando en recobrar el conocimiento.

Cuando abrió los ojos, lo primero que distinguió fue, el brillo de las pupilas del general.

-Bien, Norton... ¿Qué ocurrió?

El joven carraspeó.

-¿No..., no se ha comunicado con usted la señorita Farrow?

-No. ¿Por qué había de hacerlo?

Antes de contestar, Norton meditó unos instantes. Le resultaba extraño que Gloria no hubiese cumplido su promesa de ponerse en contacto con el general.

-¡Vamos, Norton! ¿Es que me está tomando el pelo?

Los gritos del general arrancaron al joven de su abstracción.

-Creo, señor, que podemos dejar las explicaciones para más tarde. Es posible que la señorita Farrow esté en peligro.

El general soltó una áspera carcajada.

-Un recurso para poder salir de aquí, ¿eh?

Norton suspiró. Lo mejor, lo más práctico. era hablar inmediatamente. De lo contrario, el cabezota del general iba a ser el culpable de cualquier cosa que le ocurriera a Gloria.

-No es eso, señor

-Entonces, veamos.

Norton, rápidamente, explicó cuanto había ocurrido desde que, al abandonar la torreta de investigaciones del Maestro Werbener, había conectado el televisor con el domicilio particular de éste.

Norton comprendió que ni el general ni sus dos compañeros daban demasiado crédito a la explicación. Haynes le miraba entre furioso y burlón.

-¿De veras pretendes que nos creamos eso, Norton? Dos seres que se

van desintegrando a causa de las vibraciones de tu claxon, ¡je!

-La señorita Farrow vio las formas de esos sujetos en la pantalla, señor. Otra de las pruebas que tengo de que han existido, es el fétido olor que desprenden al desintegrarse. Es insoportable. Y creo que sería conveniente que alguno de nuestros biólogos tomase cartas en el asunto.

-¿No lo complicas mucho, Norton? -inquirió el pelirrojo Steve, mirando con preocupación a su compañero.

Norton, empezando a ponerse furioso, se encogió de hombros.

-Eres un imbécil, Steve.

-¡Oye...!

El bramido del general interrumpió la discusión que iba a iniciarse entre los dos hombres.

-No estamos aquí por un capricho ni para perder tiempo -gruñó -. El Maestro Werbener ha desaparecido, y con él, su aparato emisor de ondas vibrátiles... -se interrumpió súbitamente, para mirar a Norton -. ¿Dijiste que aquellos tipos se desintegraban al recibir las vibraciones...?

-Eso dije, señor.

-Ya.

El general permaneció pensativo, mirando al suelo, durante unos instantes.

-De acuerdo, muchacho -dijo al fin -. Te voy a conceder otra oportunidad... Puede que, efectivamente, tengas razón.

-Gracias, señor. Ahora, creo que lo principal es localizar a la señorita Farrow...

-¿Por qué tanto empeño en eso? ¿Te has enamorado de ella?

Norton, extrañamente serio, respondió:

-No se trata de eso. Creo, sencillamente, que está en peligro, al igual que Werbener.

-¿Por qué lo supones?

-Cuando conecté el televisor con el domicilio del Maestro, aquellos tipos parecían buscar algo. Puede que no lo hayan encontrado y se decidan a buscar en casa de Gloria...

-¡Bah! ¿Qué iban a buscar, teniendo a Werbener y el aparato en su poder?

Norton se mordió el labio inferior. Cierto. No obstante, su

presentimiento seguía acusándole. Optó por no responder. No obstante, tan pronto pudiera salir del edificio, volaría hacia el domicilio de Gloria.

-Bueno -siguió el general -. Creo que mi obligación es comunicar esto en la reunión de mañana en el Consejo de la Tierra. No obstante, Norton, confío en que nos hayas dicho la verdad. Comprendes, ¿no? Esto, forzosamente, alarmará a la gente. Hasta ahora, hemos podido localizar inmediatamente cualquier intento de infiltración en nuestro Mundo, y ahora nos encontramos ante un extraño caso. No sólo esos seres han conseguido llegar hasta nosotros, burlando nuestras Bases Espaciales, sino que aquí en la Tierra, donde todo nos favorece biológicamente y por ambiente, se apoderan de uno de nuestros sabios, sin que podamos seguir su pista más que por un hipotético olor, que sólo se produce cuando por emisión de vibraciones esos tipos se desintegran.

Norton asintió gravemente con la cabeza.

-No obstante, señor, podríamos esperar unos días antes de sembrar la alarma. Mejor será que los periodistas y los reporteros de televisión no sepan nada por el momento. Sus noticias, que a buen seguro exagerarían, podrían causar una alarma innecesaria.

El general le miró con cierta expresión irónica.

-¿Has oído decir alguna vez que se ha podido ocultar algo a esos cazadores de noticias?

-No..., no.

-Claro. Y ésta lo es de verdad.

Norton inclinó la cabeza, apesadumbrado. Al fin, con un brillo de decisión en sus grises pupilas, miró a Haynes.

-Bien. De todos modos, no podemos perder el tiempo. Yo, por mi parte, pienso seguir actuando.

-Recuerda que sólo te concedí cuarenta y ocho horas, Norton.

- Sólo han pasado dos, señor -gruñó el joven.

-Está bien. ¿Necesitas algo?

-Un automóvil. El mío quedó frente a la casa de Werbener.

-¿Por qué?

Norton dudó unos instantes. Antes de responder, miró el rostro de Steve y del otro agente. Suspiró.

-Aquellos tipos me paralizaron el motor. Usan pistolas...

Se interrumpió, desalentado por la expresión del general.

-Bien. Creo que ésta es la explicación del lapso mental de la señorita Farrow. Ella misma halló esta acertada explicación.

Sin agregar nada más, Norton, saltando por encima del reglamento, en cuanto a respeto a los superiores, dio la espalda al general y se alejó hacia la puerta.

¿Por qué le miraban de aquella manera? ¿Acaso no estaba diciendo la verdad? Bueno... En realidad, Norton tenía cierta fama de alocado y fantasioso, y no era fácil creerle. Y el joven sabía que si en aquellos momentos podía traspasar el umbral del edificio de la sede de la Brigada, era gracias a un afecto muy particularísimo que el general Haynes sentía hacia él.

Al fin, llegó frente a la puerta de la salida principal.

Salió al exterior, y respiró a pleno pulmón el aire de la noche, cuajada de estrellas lejanas.

Iba a dirigirse hacia el hangar espacial, cuando desde un automóvil parado frente a la puerta alguien le hacía señas con la mano.

Un súbito recuerdo estalló en el cerebro de Norton: Kary. ¡Y Kary era repórter de televisión!

- Bueno, Norton. ¿Puedo saber qué te ha ocurrido esta noche?

Norton sonrió, mirando fijamente el rostro gracioso de Kary. La rubia cabellera de la joven caía descuidadamente sobre sus hombros redondos. Sus ojos, muy azules, brillaban con cierta malicia.

-Un..., un servicio muy urgente, querida. Lo siento, pero...

-¡Norton! Nunca me habías hablado así. ¿Se trata de algo realmente importante?

Norton se maldijo por su estupidez. Había hablado demasiado, ante aquella muchacha de despierta inteligencia y gran avidez de noticias.

-No, no. Mira, pequeña...

Kary soltó su risa, juvenil, fresca.

-Mientes muy mal, Norton. ¿Quieres subir a mi lado? Te llevaré a donde me digas.

Norton dudó. Él, por su parte, deseaba que la noticia no trascendiera aún a la masa humana. Pero si Kary se enteraba, el secreto iba a durar hasta que llegaran las primeras luces de la mañana, en que todo el mundo vería el programa televisado.

-Está bien, Kary. No obstante, desearía que ...

-Bueno, bueno. ¿A dónde vamos?

Norton se reclinó en el asiento, suspirando. Brevemente, dio las señas de Gloria Farrow.

El automóvil arrancó silenciosa y velozmente. Tras unos minutos de meditación, Norton se volvió hacia Kary.

-Kary...

-¿Qué?

- No quiero ocultarte que corremos un grave riesgo... Se trata, en realidad, de algo insólito, y temo que...

La expresión de interés del rostro de Kary, desanimó a Norton de seguir hablando. Estaba cometiendo muchas tonterías con sus palabras que sólo conseguían despertar la ya excitada imaginación de Kary.

-¿Una invasión extraterrestre, Norton? - inquirió, burlonamente, la joven.

-Precisamente.

Kary rió, e hizo un mohín a Norton. Casi simultáneamente, arrugaba la nariz y cerraba la ventanilla del automóvil.

Norton, algo pálido la miró.

-¿Lo notaste, Kary? -inquirió, con voz tenue.

-¿Ese desagradabilísimo olor?

-Sí.

-Pues son ellos.

Los ojos de Kary brillaron.

-¿Ellos?

-Sí. Temo que pronto el Mundo se convierta en un pozo nauseabundo, irrespirable. Esos malditos hacen daño hasta después de muertos.

-¿Quieres dejarte de tanto misterio y explicarme qué ocurre de una vez, Norton? -dijo la joven, mientras detenía el automóvil frente a las señas que le indicara Norton.

-No puedo decirte nada aún, Kary. Es un secreto...

-No te pongas ridículo, querido -sonrió la joven -. Comprende que después de esto te va a ser muy difícil deshacerte de mí. ¿Tú sabes lo que me reportarían las primicias de este sensacional reportaje?

-Lo sé, Kary, lo sé. Pero es peligroso. Te prometo que tú serás la

primera en lanzarlo cuando esté resuelto.

La joven movió la cabeza negativamente.

-No, no. Quiero saber la verdad por mí misma. Ya sabes lo que ocurre, Norton. Lo realmente importante queda archivado en la sede del Consejo...

-No puedes acompañarme, Kary -insistió Norton -. Mira allí. ¿Ves esa casa?

-Claro.

- ues es posible que en ella esté la muerte.

-¡Qué melodrama, Norton! Pero me gusta. Vamos allá.

Antes de que Kary pudiera saltar a la acera, Norton la aferró por la cintura con ambos brazos.

- Espera, querida -dijo, con voz algo enronquecida, aunque intentaba sonreír -. Es por si fuera la última vez, ¿sabes?

Kary le ofreció los labios, que el joven besó con fuerza.

Cuando deshizo el abrazo, Kary dijo:

-No conseguirás asustarme, Norton. ¿Vamos?

Norton consideró que había perdido la batalla. La había perdido antes de iniciarla. Cuando descendió del automóvil, encendió un cigarrillo.

-Está bien, vamos.

Kary, sonriendo triunfalmente, se colgó del brazo de Norton y caminaron hacia la puerta de entrada del edificio en que moraba Gloria.

-No me dijiste a quien vas a visitar, Norton.

El joven respondió con un gruñido. En realidad, la presencia de Kary complicaba las cosas. Lo último que desearía en este mundo, es que a la joven le ocurriera algo. La quería demasiado. Y si conseguían salir de aquella...

Bueno, la joven se transformaría en la señora Sprague.

Seguro.

Cuando entraron, el recepcionista les miró descuidadamente. Para él, sólo eran una pareja de enamorados. Con la mirada inquirió a Norton.

-¿Sabes, Norton? Creo que eres un farsante. Vamos a ver a una mujer.

-Es sólo una científica.

-Pero es una mujer - se obstinó Kary.

-Ella no -dijo, cansadamente, Norton -. Ella es pura ciencia. Es fría... Sólo piensa en...

-La conoces muy bien, ¿eh?

Norton soltó un bufido. Siempre le ocurría lo mismo ante Kary. Quizás fuese la superior inteligencia de la joven la que le obligaba a comportarse como un estúpido. Hablaba, hablaba... para, al final, darse cuenta de que lo había hecho demasiado.

-Dime, pequeña. ¿Te importaría que me hubiera interesado por esa mujer? -inquirió, al fin, directamente, sabiendo que con gramática parda sería siempre derrotado por la joven.

-Claro, tonto. Además, debo confesar que, pese a tu fama, me pareces bastante tímido. Otro hombre ya...

Kary no pudo seguir hablando. Sus labios quedaron presos entre los de Norton. Al fin, la soltó. Iba a decir algo. Algo apasionado a juzgar por su expresión, pero Kary, sonriente, le contuvo.

-Hemos llegado, Norton.

Por unos instantes, el muchacho había olvidado la misión que le había llevado a aquel lugar. Miró intensamente a Kary y, al fin, optó por abandonar el ascensor.

Cuando el joven miró hacia la puerta de la vivienda de Gloria, sintió que algo se detenía en su garganta. Estaba abierta.

-Kary... Quédate aquí, por favor...

-No.

-Mira, pequeña. Esa puerta abierta significa peligro.

-No me separaré de ti, Norton. Piensa un poco en mi gran oportunidad.

-Pienso en tu integridad.

Pero la joven, soltándose de su mano, ya caminaba hacia la puerta de aquel piso.

Norton. rezongando, se aprestó a seguirla, con su pistola nuclear empuñada.

Cuando penetraron en el piso, cuyas luces estaban encendidas, Norton pareció olfatear el ambiente. No le gustaba aquel silencio. Ni aquella extraña tensión.

No obstante, todo estaba en orden. Los muebles bien colocados, las cortinas en su sitio. Cuadros antiguos adornando las paredes... Cierto olor a laboratorio...

Los dos jóvenes se miraron.

Norton, sin despegar los labios, avanzó hacia las habitaciones interiores. También se notaba olor a perfume femenino, pero ni rastro del insoportable hedor que despedían aquellos cuerpos extraños al ser desintegrados. ¿Serían infundados sus temores? ¿En tal caso, dónde estaban las dos mujeres que debían haber en la casa?

De súbito, la vio.

No era Gloria; por tanto, debía ser su hermana. Estaba tendida en el suelo, frente a la puerta de entrada al estudio de Gloria.

Norton, sintiendo su frente perlada de sudor, se acercó a aquella mujer, bastante mayor que Gloria y sin la mitad de belleza que poseía la científica. Kary con los ojos muy abiertos, empezando a tomar en serio aquel asunto, caminó tras Norton.

-Está desvanecida - murmuró.

-Sí. Y si quieres puedo decirte cuál será su reacción cuando se recobre -dijo, con cierta amargura, Norton -. No recordará nada de lo ocurrido.

Kary no hizo ningún comentario. Empezó a sentir un poco de miedo. Quizás no debió empeñarse en seguir a Norton...

Norton, preocupado, se inclinó sobre la hermana de Gloria. Comprobó que, efectivamente, sólo estaba desvanecida. Y, antes de que sus ojos advirtieran aquellas presencias extrañas, el grito desgarrado, lleno de miedo de Kary fue un aviso de lo que iba a ocurrir.

Allí, frente a ellos, tres individuos, cuya forma y constitución ya conocía Norton, les apuntaban con sus pistolas de rayos paralizantes.

Norton no perdió el tiempo. De un salto ágil, felino, se colocó ante Kary, protegiéndola y empujándola con sus espaldas hacia la salida. Al mismo tiempo, levantó su pistola nuclear, apuntando al tipo que estaba en el centro.

Sonó un extraño grito.

Y un rayo azulado casi cegó a Norton.

-¡Huye, Kary...!

Gritó, mientras intentaba disparar, pero se dio cuenta de que no podía utilizar la mano derecha, totalmente paralizada, incapaz de movimiento alguno.

Cuando se dio cuenta de su impotencia, palideció horrorosamente. Con fijeza, clavó sus pupilas en las de los tres sujetos, sin brillo alguno y de



extraño colorido.

CAPÍTULO 4

Kary, protegida por Norton, había conseguido salir del pasillo, y ahora, inmóvil, petrificada por el terror, miraba hacia aquella zona, por la que esperaba ver salir a Norton.

No obstante, sólo oyó su voz, Más que palabras, fueron gritos casi ininteligibles:

-¡La radio, Kary! ¡A toda potencia!

La joven sufrió un frío extremecirniento. ¿La radio? ¿Para qué quería la radio Norton, en aquellos momentos? ¿Se habría vuelto loco?

-¡Obedece, Kary! ¡Obedece...! Eran gritos casi inhumanos.

Kary, alocadamente, corrió hacia la salida, pensando en que lo mejor sería buscar ayuda. No obstante, un súbito presentimiento la asaltó. Ella, en realidad, no sabía nada de aquellos seres, y, por lo visto, Norton los conocía. ¿Por qué no, pues, poner en marcha la radio?

Volvió sobre sus pasos, buscando, con los ojos muy abiertos y jadeando el aparato de radio. Cuando dio con él, suspiró, aliviada. Y aunque no tenía la menor idea de cuál podía ser su utilidad, conectó.

Apenas llevaba funcionando el aparato un minuto, cuando varios gruñidos sordos, extraños, brotaron de aquellos seres, a los que Norton, que había recibido otra descarga paralizadora en las piernas, veía desintegrarse lentamente, con el característico mal olor.

Kary, reuniendo todo su valor, corrió hacia la estancia -laboratorio de Gloria, para intentar ayudar a Norton.

Lo que vio la dejó aturdida, horrorizada.

Tres cuerpos casi humanos, desintegrados hasta casi las rodillas y sacudidos por convulsos temblores. Por otra parte, Norton, acusando los efectos de aquellos rayos azulados, había caído al suelo, donde permanecía de bruces.

Le causaron un pánico loco las pupilas de aquellos tres seres muertos, bailando en las cuencas. Y aquella hediondez... que identificó con la que poco antes la había obligado a cerrar la ventanilla de su automóvil.

Inmóvil, incapaz de otra cosa que de mirar a aquellos sujetos, Kary apenas se dio cuenta de que la mujer tendida en el suelo empezaba a recobrarse. Sólo reparó en ella cuando oyó el grito de espanto de la mujer, que

volvió a desmayarse, al tropezar su vista con aquella horripilante visión.

Esto hizo reaccionar a Kary.

Agarrando a Norton por los sobacos, empezó a tirar de él con fuerza, arrastrándolo hacia el pasillo. Poco después, repetía la operación con la hermana de Gloria, cuando ya estaba al borde del desmayo, a causa de las náuseas que le producía la fetidez de aquella masa que se desintegraba por momentos.

Auxiliada por su instinto, corrió hacia las habitaciones de las mujeres moradoras de aquella casa, y rebuscó presurosamente algún perfume con el que amortiguar aquella fetidez.

Volcó un diminuto frasco en su pañuelo, que colocó junto a su nariz. Luego manipuló en el teléfono conectando inmediatamente con la sede de la B.D.E. Poco después, recibía la promesa de que una patrulla se ponía en camino.

Cuando colgó el receptor, Kary, aturdida, con el cerebro nublado por el miedo, se dio cuenta de que la radio seguía atronando el espacio, y alterando sus nervios.

De un manotazo, lo desconectó.

Y el silencio repentino, cargado de ecos, se le antojó mucho más tranquilizador. Al fin, pudo dedicar su atención a la hermana de Gloria, consiguiendo que se recuperase.

La mujer, con las pupilas extraviadas por el terror, miró en torno. Kary comprendió, entonces, las palabras de Norton. Aquella muchacha no recordaba nada de lo ocurrido.

Maggie miró, alternativamente, a Kary y al inanimado Norton.

-¿Qué significa esto? -inquirió, con voz débil.

- Tranquilícese. El peligro ya ha pasado... por ahora.

-¿El peligro? ¿Dónde está Gloria, mi hermana? ¿Quiénes son ustedes?

Kary comprendió el apuro en que se encontraba. ¿Cómo explicarle a aquella mujer lo ocurrido? ¿Cómo decirle que su hermana había desaparecido sin dejar el menor rastro? Y aquellos monstruosos tipos... Seguro que Maggie la tomaría por loca.

La joven se estrujó las manos, nerviosamente, y dirigió la vista hacia Norton, quien, muy pálido, seguía sin conocimiento.

En aquel instante, oyó ruido proveniente de la puerta de entrada. Se

volvió vivamente hacia allí, y soltó un profundo suspiro cuando vio al inconfundible general J.L. Haynes.

- ¡Por fin, general! Creí que no llegaban nunca...

El general, seguido por dos hombres, penetró en la casa, aunque retrocedió un paso al sentir su olfato herido por aquella pestilencia.

-Tarde, ¿eh?

-Un poco, general.

-Ya. Bueno, lo importante es que salgamos de aquí inmediatamente. Luego, habrá tiempo para explicaciones.

Se volvió hacia sus dos hombres de servicio, Steve y Clapers.

-Vosotros cargaréis con Norton. Llevadlo al automóvil.

Los dos agentes se apresuraron a obedecer la orden, ansiosos por desaparecer de aquel infecto lugar. Entretanto, Haynes empujaba a las dos mujeres hacia la salida, ante las protestas y gritos de Maggie, que se consideraba avasallada.

Mientras aguardaban el ascensor, curiosos rostros aparecían en las puertas y ventanas del edificio, con la nariz arrugada, e inquiriendo a voces lo ocurrido.

Ante las extrañas y entrecortadas explicaciones de Maggie, sus histéricas quejas, y aquel irrespirable olor, cundió la alarma en la casa.

Haynes, impotente, comprendió que ya no podrían guardar el secreto. Aquella gente exigiría saber, No obstante, en aquellos momentos no había tiempo que perder. Por tanto, sin contestar a ninguna de las ávidas preguntas que le dirigían los vecinos, abandonó el edificio, llegando junto al automóvil cuando ya los dos agentes habían acomodado a Norton.

Empujó a las dos mujeres al interior del vehículo, que se puso inmediatamente en marcha.

Haynes respiró profundamente.

-Creo que va a ser imposible ocultar por más tiempo que nos enfrentamos a una invasión extraterrestre -dijo. Luego, mirando a Kary, frunció el entrecejo.

-¿Cómo estaba usted en esa casa?

-Soy muy curiosa, general -sonrió la joven -. Y no se queje. Gracias a mí, podremos contar con esta señorita y con Norton.

Maggie, con los ojos casi desorbitados, miraba a ambos.

-¿Una..., una invasión ...? Entonces, mi hermana...

En el vehículo, lanzado a una vertiginosa velocidad por las anchas avenidas de la ciudad, se hizo un pesado silencio. Haynes, mostró claramente su preocupación.

-Encontraremos a su hermana. Se lo prometo.

-Pero...

Maggie parecía incapaz de digerir la noticia de que Gloria había caído en poder de seres extraños a los humanos de la Tierra. Parecía como si su raciocinio se hubiera detenido... No conseguía recordar más allá después de la llegada de Gloria a casa, muy pálida y nerviosa. Luego... Nada más. Allí parecía como si el tiempo se hubiera detenido, dejando en su memoria un lapsus hondo, insondable.

Clapers, mientras su compañero Steve conducía, cerró maquinalmente la ventanilla correspondiente a la portezuela del automóvil.

Haynes se dio cuenta del movimiento, y pensó, con horror, que casi toda la ciudad se estaba impregnando de aquel olor nauseabundo que producía un inexplicable malestar.

Kary pensó en lo mismo; y su mirada se cruzó con la de Haynes.

-Aquellos tres individuos se desintegraron cuando conecté la radio, general. ¿Qué le parece?

El general miró a Norton, aún sin sentido. Bien. Tuvo razón.

-Son seres vibrátiles, Kary... ¿comprendes? Las vibraciones de la música, o de cualquier otro sonido, son capaces de desintegrarlos. Y creo que ésta es la explicación de que las calles de la ciudad estén impregnadas de su olor. Cualquier ruido fuerte... un claxon, un helicóptero...,puede ejercer ese resultado en ellos.

-Bien. En tal caso, no creo que puedan resultar muy peligrosos. Basta con que en las casas y calles haya constantemente ruido o música. Lo que no me explico es el motivo que los ha impulsado a venir a la Tierra. ¿Por qué lo han hecho?

Haynes permaneció en silencio unos instantes.

-Sólo conozco lo que han hecho aquí. Han raptado al Maestro Espacial Werbener; a su ayudante, señorita Gloria Farrow, y se han apoderado de un aparato de vital importancia... Cómo han llegado; cómo lo han conseguido; cómo están constituidos y cuál es su Mundo, son datos que

desconozco por completo.

En aquel instante, Norton se removió en el asiento, y abría los ojos tímidamente. Se sorprendió al reconocer a sus acompañantes.

-¿No recuerdas nada, Norton? -inquirió el general.

-¿Recordar? Lo que quisiera saber es qué diablos hago yo aquí.

De pronto, la luz se hizo en su cerebro. Recordaba, como último dato, que había dejado a Gloria Farrow en su casa, y sus intenciones de visitar el domicilio particular de Werbener.

Hizo un gesto de desaliento.

-Es poco lo que puedo explicarle, señor. Yo... Kary se echó a reír.

-Si no fuese porque he estado presente cuando aquellos tipos te disparaban con sus pistolas lanzarrayos, creería que te estabas burlando de nosotros, Norton.

Una luz de esperanza apareció en las pupilas de Norton.

-Recuerdo que por el televisor descubrimos unas extrañas formas, casi humanas... ¿Han averiguado algo, señor?

-Poco, pero algo. Han ocurrido muchas cosas, Norton.

Norton hizo un esfuerzo, intentando recordar algo. Al fin, tuvo que rendirse y contentarse con las explicaciones del general Haynes, menos detalladas que las de Kary.

-¿Qué podemos hacer ahora, señor? Según la señorita Farrow, esos tipos son proyecciones de seres de otro Mundo. Es de suponer, por tanto, que no hayan venido con aeronaves ni nada por el estilo.

-Exacto. Sus moléculas han sido proyectadas a la Tierra y pueden aparecer y desaparecer en nuestro Mundo a voluntad de los que manejen sus máquinas.

Un escalofrío recorrió la columna vertebral de Norton. Maggie estaba sobrecogida de pavor, y apenas colegía la gravedad de lo que estaba ocurriendo.

-En tal caso, me pregunto dónde estarán Werbener y la señorita Farrow. ¿Es posible que hayan podido trasladarlos a su Mundo?

Haynes frunció el entrecejo. No se le había ocurrido tal posibilidad, pero no parecía descabellada. En cambio, un aparato no era fácil de proyectar. ¿Qué habrían hecho de él?

Kary, apoyada en el mullido asiento, con los ojos entrecerrados

tomaba nota mental de todo cuanto oía. Lamentaba las circunstancias en que había llegado a conocimiento de todo aquello, pero ella no estaba dispuesta a perder su gran reportaje. Aquello significaría la fama. Su consagración como reportera... Y, después de todo, no podía reprocharse nada, puesto que pensaba colaborar con Haynes y su Brigada para intentar restablecer la tranquilidad en la Tierra.

-Como quiera que sea, Norton -respondió al fin el general -, son inteligentes y cultos. La prueba es que han llegado más lejos que nosotros. Al menos, en lo que a proyecciones se refiere.

-Ya.

El automóvil seguía veloz, mientras por sobre las cabezas de aquellas personas parecía ceñirse una mortal amenaza.

De súbito, Norton crispó las mandíbulas. Se incorporó en su asiento y miró fijamente al general.

-Sólo hay un medio para conocerlos mejor, señor, y saber dónde están Werbener y la señorita Farrow.

-¿Cuál?

-No ofrecerles resistencia. Pienso actuar como cebo y dejar que actúen. Estoy convencido de que no tardaré mu cho en reunirme con nuestros científicos.

Kary dirigió una rápida mirada a Norton. Cierto que ya le admiraba. Más aún, le quería, pero le sorprendió aquel rasgo de valor, de entrega a una causa.

Haynes dudó unos instantes.

-Mira, muchacho...

-Estoy decidido, señor.

-Bien -suspiró el general -. Confío en ti, pero nunca sabe lo que vas a encontrar...

-¿Pueden dejarme en mi casa? -inquirió el joven, atajando al general.

-¿Por qué?

-Me siento cansado. Eso es todo - sonrió Norton -. Y quiero reponer fuerzas antes de emprender mi gran aventura.

-Como quieras - gruñó el general, tras dar la orden al conductor del automóvil -. ¿Cómo piensas llamar su atención?

-Creo que será sencillo. Bastará con que ronde por la torreta de

investigaciones de Werbener.

-¡Ah!

El coche se detuvo, al fin, frente al domicilio de Norton. El muchacho, se despidió correctamente del general, y saltó al suelo. Iba ya a volverse de espaldas, cuando vio descender ágilmente a Kary.

-Te estás volviendo muy descortés, Norton. ¿Ya no recuerdas que soy tu prometida?

Norton abrió la boca, asombrado. ¿Kary su prometida? ¡Diablos! Era cierto que habían ocurrido muchas cosas entre aquel lapso mental que no conseguía desvelar, pero...

-¿Lo dices en serio, Kary?

La muchacha guardó silencio, esperando que el automóvil se alejara. Le molestaban aquellas miradas burlonas de Steve y Clapers. Cuando el vehículo hubo arrancado, Kary, sonriendo, se volvió hacia Norton.

- Bueno, lo cierto es que casi me propusiste que me casara contigo, Norton.

-¿De veras? ¿Y..., y tú...?

-Y me besaste.

-Ya. ¿Y...?

-¿No crees que se está incómodo en pie, en medio de la calle, Norton?

-Cierto, cierto. Ven.

La sujetó fuertemente de un brazo, y la arrastró hacia su casa.

-Vamos a tu casa, Norton -dijo la joven un tanto asustada

-Claro.

-Pero...

Norton se echó a reír.

-No temas. Mis cinco hermanas agradecerán tu compañía.

Kary le miró, un tanto furiosa. Ciertamente, Norton era, a veces, un poco estúpido. La compañía de cinco hermanitas no proporcionaba el ambiente adecuado para algunas confidencias que ella esperaba lograr.

-Está bien...

-¡Ah! De paso, procurarán que tú no salgas de casa cuando yo lo haga, ¿comprendes? No quiero que tengas nada que ver en esto. En cuanto a tus reportajes, pueden esperar mejor ocasión.

-Ni lo sueñes, querido. Te seguiré a donde quiera que vayas.

-¿También permitirán que te proyecten a otro Mundo? -inquirió, con ironía, Norton.

-¿Por qué no? Será emocionante.

-Emocionante si luego puedes contarlo. ¿O imaginas que, en caso de que logremos nuestro propósito, podrás volver cuando quieras?

-Confío que sí.

Norton bufó.

-Me encanta tu optimismo, Kary, pero creo que. vas demasiado lejos.

CAPÍTULO 5

Norton Sprague, sonriendo con cierta tristeza, se dijo que, después de todo, la velada aún había resultado agradable. Al menos, el rato transcurrido desde la llegada a su casa, hasta que consiguió que sus hermanitas se ocuparan de Kary.

Bien. Ya libre del obstáculo que representaba la joven para sus atrevidos proyectos, Norton, procurando no hacer el menor ruido, se vistió sus ropas y abandonó su habitación, a oscuras .

Aquello debía hacerlo solo. No podía consentir que una mujer, y mucho menos si ésta era Kary, se viera mezclada en semejante aventura, de la que probablemente nada pudiera contar.

Suspirando, el joven descendió los peldaños que conducían a la puerta principal de su domicilio. Antes de salir a la calle, ya seguro de que había huido, encendió un cigarrillo.

Aspiró el humo con placer.

Al fin, abrió la puerta y contempló unos instantes la ancha calle, magníficamente iluminada. Algunas estrellas, las más lejanas, ya empezaban a difuminarse en el firmamento, a causa del incipiente nuevo día.

Norton se estremeció. Había percibido, aunque tenuemente, el olor que despedían aquellos seres, según le habían indicado el general y Kary, puesto que aún no había conseguido recordar nada.

En pie, frente a la entrada del edificio, permaneció a la espera de algún helicóptero de servicio, para trasladarse a la torreta de investigaciones de Werbener.

De súbito, una corriente eléctrica le sacudió de pies a cabeza.

-Hola, Norton. Madrugador, ¿eh?

Aquella voz...

Se volvió, sin prisas. Sabía a quién iba a ver.

-Un poco, Kary. Ya veo que no he conseguido burlarte.

-No. Adiviné lo que harías.

Se miraron. Empezaba a clarear, y los primeros brillos del día se reflejaban en las limpias pupilas de Kary.

-Está bien. ¿Qué esperamos? Allí tenemos nuestro helicóptero.

Cuando estuvieron instalados en el aparato, los dos jóvenes se

percataron de cierta agitación entre los pasajeros. Y todos hablaban de lo mismo. De aquel extraño y asfixiante olor, que ser percibía hasta en el aire, a quinientas millas de altura.

En malhumorado silencio, realizaron el viaje hasta su destino.

Poco después, estaban frente al lugar del cual habían desaparecido Werbener y su aparato emisor de ondas vibrátiles.

-¿Miedo, Kary?

-Un poco.

Norton sonrió levemente.

-Pues yo tengo mucho. Lo desconocido es aterrador. Al menos para las personas conscientes... Aún estás a tiempo, Kary. Esta aventura no es para ti.

Kary hizo un mohín de enojo. Sabía que aquello era una locura, pero ella perseguía dos cosas. No quería separarse de Norton, y menos ahora que le sabía en peligro; y su reportaje... Sería algo sensacional, si volvía alguna vez a la Tierra en el supuesto que pudiera salir de ella.

-Estos científicos son diabólicos -gruñó Norton -. Me imagino la felicidad de nuestros antepasados, sin tantas complicaciones.

-Sabes poca historia, Norton. Nuestros antepasados, lo mismo que nosotros y generaciones futuras, han sido infelices en la Tierra. Somos demasiado complejos para vivir en paz con lo que tenemos.

-Sí. Claro.

Habían penetrado en la torreta, examinando cuidadosamente los departamentos. Al fin, llegaron al laboratorio de Werbener.

-Aquí operaron por primera vez -dijo Norton -. Si sus cerebros guardan alguna relación con los nuestros, volverán a este lugar. Como vulgarmente se dice, el asesino siempre vuelve al lugar del crimen.

Kary, pese a su entereza, no se sentía muy tranquila. Ciertamente, para los profanos, imponían un poco aquella serie de aparatos, demostrativos de la inteligencia y del poder del hombre. Seguía la luz roja, que envolvía en suave penumbra los contornos de las cosas.

Ya estamos aquí, Norton. ¿Y ahora qué?

-Esperar. Fuma.

-No, gracias.

Norton encendió un cigarrillo, mientras examinaba distraídamente el

laboratorio, pese a que se le escapaba la utilidad de cuanto veía.

Pensó que de no ser por la última invención de Werbener, él estaría muy tranquilo, y hasta posiblemente, casado con Kary. En cambio, ahora... Bueno. En realidad, allí se jugaba mucho para su Mundo. No tenía que lamentar las situaciones, puesto que ya se habían producido. Lo interesante era contrarrestarlas.

Kary se había sentado sobre un taburete, y tomaba notas en un cuaderno, muy abstraída en su tarea.

El silencio seguía siendo opresivo, en aquella cámara. Norton, inquieto, fumaba a grandes chupadas su cigarrillo. Aquella espera le enervaba. No comprendía la serenidad de Kary, ni cómo podía concentrarse con tal intensidad en su trabajo.

De súbito, sonó un siseo casi imperceptible. Norton, con el rostro alterado, se volvió vivamente hacia la puerta.

Los vio. Eran muchos. Con sus extraños movimientos ondulantes, avanzaban desplegados hacia ellos, amenazándoles con sus pistolas de rayos paralizantes. Norton, en voz baja, avisó a la joven:

-Kary. No te muevas. No hagas nada.

La joven, sorprendida, asustada por la súbita presencia de aquellos seres, no pudo reprimir un leve grito. Su cuaderno quedó en el suelo.

Norton sintió náuseas al contemplar fijamente los ojos de aquellos seres extraños. Contempló sus frentes prominentes y su palpitante cráneo. La nariz muy fina y achatada. Sus bocas redondas y desdentadas...

Con los dientes apretados, Norton esperaba el rayo que debía hacerle perder el conocimiento. Se fue acercando lentamente a Kary, cuyo cuerpo también temblaba perceptiblemente.

-Ha sido una locura, pequeña...

-Ya no hay solución, Norton, Afrontaremos juntos los que venga.

Animosa, sí. Pero no se atrevía a mirar a aquellos repugnantes individuos, que proseguían su avance, como si se extrañaran de la pasividad de los terrestres.

-¡Disparad ya, cretinos! -gritó Norton, frenético, sin reparar en que sus palabras no iban a ser comprendidas por sus enemigos.

Estos, por su parte, estaban ya muy cerca, hasta el punto que, pese a la escasa luz, Norton veía perfectamente las arrugas de su piel extraña,

gelatinosa, mal cubierta por una túnica ajustada de tejido desconocido.

Kary, sin poder contener su pánico, empezó a retroceder. Se detuvo en seco, lanzando un grito, al notar en su piel el contacto de algo viscoso, húmedo y frío, que había tocado su espalda.

El terror extravió su vista. Quiso seguir gritando, pero algo obstruía su garganta impidiéndoselo. Norton, lívido, estaba a punto de perder la serenidad. Estaban ya rodeados por los extraterrestres, y seria casi imposible salir de allí.

No obstante, Norton, con los nervios deshechos, quiso intentarlo.

Atacó de frente, con los puños desnudos, a uno de aquellos monstruos, que ni se movió al recibir un brutal golpe en lo que parecía el estómago, pese a que el puño de Norton se había hundido inverosímilmente.

Un sudor frío apareció en la frente de Norton. Quiso atravesar aquella barrera, pero sólo consiguió salir rebotado, cayendo al suelo en postura poco airosa. Kary, a punto de ser atacada por la histeria, se llevó los puños a la boca, mordiendo con fuerza. Se apartó, mostrando infinita repugnancia, cuando el brazo de uno de aquellos individuos se alargó hacia ella.

Pero no pudo evitar otros muchos contactos que la llenaron de repugnancia y pánico. Al fin, desequilibrado su sistema nervioso, perdió el conocimiento, cayendo en el centro del círculo que formaban aquellos monstruos.

Norton quiso incorporarse, pero una fuerte presión le mantuvo inmóvil. ¿Por qué no disparaban sus rayos aquellos malditos? Sería una liberación para aquellos momentos de angustia indefinible.

De súbito, recordó lo que había oído al general Haynes. Aquella gente se desintegraba con las vibraciones de cualquier sonido monótono y continuado, en defecto de música, o algo mejor.

Por eso recurrió a sus pulmones y a su garganta, emitiendo un grito prolongado y agudo que consiguió estremecer a sus enemigos. No obstante, cuando ya empezaba a ver temblar algunos miembros, su garganta desobedeció la orden de su cerebro, al propio tiempo que un rayo azulado le cegaba.

Después, era su mente la que parecía paralizada.

Norton, aún con los ojos abiertos, empezó a caer lentamente, entre los ahora furiosos extraños.

Segundos después, no sentía nada.

Entre aquellos seudohombres, destacó uno, que parecía dar órdenes, con suaves movimientos de su boca, que emitía sonidos apagados y secos.

Otro de ellos se inclinó sobre Norton, efectuando una extraña operación, con una jeringuilla metálica. Poco después, lo repetía con Kary.

Luego, tras un conciliábulo entre los dos que parecían superiores, uno de ellos empezó a manejar un aparato diminuto, que llevaba adosado al costado derecho. El resultado fue un resplandor vivo, cegador; un vivo siseo, y luego nada.

Nada. Norton y Kary habían desaparecido, como fueron desapareciendo, paulatinamente y uno a uno, todos aquellos extraños vivientes.

* * *

Norton parpadeó, asombrado.

Cierto que aquella luz azul no le producía dolor alguno en la vista, pero la sorpresa le hizo abrir y cerrar repentinamente los ojos. Lentamente, casi con miedo, miró a su alrededor Fuera del cono de luz, no podía distinguir nada. No obstante, pudo ver a tres o cuatro de aquellos seres, que le miraban atentamente.

Norton apenas pudo contener un grito. Comprendió que eran mujeres, juzgando por la forma de su cuerpo, ciertamente delicado y bello, aunque tan repugnante como los de los hombres.

Varios pares de ojos, sin vida, sin expresión, le causaban un indefinible malestar.

No obstante, se sintió aliviado. Después de todo, seguía existiendo. No sabía dónde, pero su individualidad seguía existiendo.

Pretendió incorporarse, pero una de aquellas mujeres extendió un fortísimo brazo, que inmovilizó a Norton. A una seña de aquella mujer, otra aplicó a Norton una especie de mascarilla, que desprendía un extraño olor y que sumió a Norton en una dulce semiinconsciencia.

Cuando volvió a recobrarse, su sorpresa fue mayor que la anterior, al oír las palabras de aquella mujer:

-¿Cómo se encuentra?

¡En su idioma!

-Pero... ¿Quién es usted? -inquirió el joven.

-Me llamo Orma. Tú eres Norton Sprague.

Norton casi no podía resistir el ver aquella boca oscura, sin dientes, hablando en su propio idioma. Aquellos ojos verdinegros, que le miraban fijamente, sin pestañeos, puesto que carecían de pestañas...

-Me... me encuentro bien, pero...

Aquella voz apagada, suave, volvió a sorprenderle.

-Los demás también están bien, señor Sprague. Un suspiro de alivio hinchó el pecho de Norton.

-¿Dónde están?

-Trabajando.

Norton frunció el entrecejo. Miró a su alrededor y vio que las otras mujeres habían desaparecido. Seguía sin ver más allá del azulado cono de luz.

-Quiero reunirme con ellos.

-Naturalmente. Pero antes has de conocer a Iano.

-¿Iano? ¿Quién es?

-Algo así como el Jefe.

-Ya. ¿Cómo han aprendido nuestro idioma?

-Fácilmente. Los «sacayocos» tenemos un cerebro muy superior al vuestro, así como nuestro poder de retentiva. Hace ya un mes que oíamos hablar a los terrestres entre sí.

-¿Un mes? -se horrorizó Norton.

-Un mes terrestre, exactamente.

Norton permaneció pensativo. En realidad, ya no estaba asustado, sino dominado por una enorme curiosidad.

-¿Cómo es que he tardado tanto en recobrarme? Porque he venido hasta aquí proyectado, ¿no?

-Eso es. Vosotros tenéis una constitución física complejísima. Nos dio mucho trabajo dar con la fórmula de Werbener para poder traerte hasta aquí. Y aún nos fue más difícil devolverte la vida. Los demás, no han sido tan difíciles. Encontramos pronto vuestras fórmulas, que difieren poco de la de él.

-¿Ustedes..., ustedes consiguen las proyecciones...?

-Nosotros sólo nos componemos de dos materias distintas. Es muy fácil.

Norton, dominando su repugnancia, la miró con más atención.

Pensó en si, realmente, todo aquello no era producto de una pesadilla. Había recobrado su memoria, y recordaba perfectamente el instante en que uno de aquellos tipos le cegaba con uno de sus rayos...

Luego...

-¿No hemos sufrido cambio alguno en nuestra anatomía?

-En absoluto. A ser posible, no queremos causaros daño.

-¿De veras? -ironizó Norton.

-Así es. En «Sacoy» nos aterroriza el dolor físico, y vosotros habéis podido causarnos mucho, incluso la destrucción.

-¿Con el emisor de ondas vibrátiles?

-Sí.

Norton recordó los temblores y contorsiones de aquellos sujetos cuando se veían sometidos a la acción de cualquier vibración.

-Aquí no tenéis poder alguno contra nosotros -dijo Orma, como si estuviera adivinando los pensamientos de Norton-. Trabajáis en un espacio donde no se transmiten los sonidos.

-¿Cómo localizasteis nuestro Mundo?

Orma hizo una horrible mueca que, seguramente, quería ser una sonrisa.

-Hace tiempo que conocemos la Tierra, sin que nunca nos interesara demasiado. Fue cuando descubrimos el invento de Werbener cuando empezamos a sentirnos curiosos.

-Ya. ¿Y no han sabido hacer otra cosa que raptarlo?

-Necesitábamos ese aparato,

-¿Piensa invadir otros mundos?

-¿Por qué no? Llega nuestro ciclo de vida que reclama extensión. Y no cometeremos errores, puesto que conocemos nuestras propias debilidades.

Norton gruñó algo ininteligible, y probó a incorporarse.

Lo consiguió con toda naturalidad, sin que Orma opusiera el menor reparo.

El joven rebuscó en los bolsillos de su ropa sin encontrar ni una brizna de tabaco. Tuvo que resignarse, aunque hubiera dado cualquier cosa por un buen cigarrillo.

-Estoy dispuesto a ver a Iano.

-Sígueme.

Casi sin darse cuenta, Norton se encontró caminando en pos de aquella mujer, que se movía a base de ondulaciones de su cuerpo.

Abandonaron aquella estancia, redonda y blanca, y Norton se vio obligado a descender una inclinadísima rampa, ya que no existían escaleras, ni aquellos seres las necesitaban.

Al fin, se encontró en el exterior de aquella nave. Una tenue neblina rodeaba cuanto era capaz de abarcar su vista. El suelo estaba formado por gruesos guijarros, por los que Norton caminaba con grandes dificultades.

Todo gris, monótono, deprimente.

Caminaron unos minutos, hasta que Norton descubrió los perfiles de una construcción circular, sin adorno alguno, de color blanco.

-Allí está Iano. Tus amigos están cerca.

Norton no despegó los labios. En realidad, ya nada le asombraba. Había llegado a un extremo en que todo le parecía lo más natural y lógico. Quizás fuese una autodefensa contra aquella situación insólita.

Apenas tardó unos minutos en estar frente a Iano.

Igual que los demás. Sin el más leve rasgo que le distinguiera de sus congéneres. Norton se exasperó de aquella monotonía.

Echó una ojeada circular, descubriendo que en aquella estancia no existía cosa alguna que pudiera pasar como mobiliario. Después de todo, ¿por qué habían de existir allí sillas o mesas? El hombre está habituado a imaginarlo todo a su semejanza y no concibe otros medios de vida; otras sustancias.

-Si colaboras con nosotros no sufrirás ningún daño.

Fueron las palabras de salutación de Iano.

-No veo cómo puedo hacerles daño a ustedes -gruñó Norton.

-Es mejor que lo comprendas y no intentes rebelarte.

-Bueno, bueno. Menos palabrería. Quiero reunirme con los demás. ¿En qué están trabajando?.

-Ellos te lo explicarán.

Norton se encogió de hombros. ¡Maldito fantoche!

-¿Puedo hacer una pregunta?

-Claro que sí.

-¿Cabe alguna posibilidad de que podamos volver a nuestra Tierra?

-En realidad, depende de vosotros. Iréis a vuestro Mundo si prometéis

sernos fieles,

-¿Y traicionar a los nuestros?

-¿Traicionar? Se trata, simplemente, de salvar vuestra vida. ¿No es eso lo que queréis?

-Si es a costa de perjudicar a la Tierra, no.

-¿Por qué?

Norton quedó perplejo.

-Entre nosotros -intentó explicar-, existen palabras, conceptos, que un humano que se precie de tal debe respetar siempre. Humanidad y honor representan para nosotros más que la vida misma.

-Me parece un absurdo. Nada existe superior a la vida. Todos los aparatos que fabricamos son una molécula insignificante de la sustancia que mueve nuestra vida. Hemos de conservarla, desenvolvernos en los medios que nos proporciona, sin ponerle trabas a la expansión de nuestros conocimientos.

Norton parpadeó, asombrado. Naturalmente, en aquello también debían diferir de aquellos horribles seres.

-Temo que no nos pondremos de acuerdo, Iano.

-Es posible. No obstante, me sorprende que os impongáis limitaciones. El Universo es propiedad legítima de los que lo conocen, de los que pueden llegar a dominarlo.

-Eso es una majadería, Iano del diablo -farfulló Norton-. ¿Creéis poder dominar el Universo?

-Podemos. Estamos situados en el epicentro de un nido de galaxias, las cuales nos obedecen.

Los pelillos de la nuca de Norton se erizaron.

-¿Cómo?

-Somos poderosos, terrestre. Nuestra sabiduría es para nosotros. Vosotros sois ignorantes.

-Y vosotros unos estúpidos soberbios.

Al parecer, sus insultos no hacían mella alguna en Iano, quien continuaba con su impasible majestad. Orma se había retirado unos pasos y contemplaba, alternativamente, a Norton y a Iano, sin abrir la boca.

-Orma: Lleva a Norton Sprague con los otros terrestres.

-¿Vamos? -inquirió Orma.

CAPÍTULO 6

PESE a que Norton había visto perfectamente cómo Kary abría la boca, como si gritara, a sus oídos no llegó sonido alguno. Alarmado, se volvió hacia Orma, interrogándola con la mirada.

-Cuando yo me retire y cierre la puerta, os podréis oír perfectamente.

-Pues lárgate ya, fantasmón.

Orma, sin inmutarse, obedeció, cerrando tras ella una puerta convexa, que encajaba perfectamente con el marco metálico.

-¡Norton! ¡Al fin!

El joven abrió los brazos con el tiempo justo de recibir entre ellos a Kary.

La estrechó fuertemente, sin reparar apenas en Werbener ni en Gloria, que le miraban con expresión de alivio.

-Creíamos que no vendrías nunca... -musitó Kary.

-Pues ya estoy aquí. Hola, Maestro. ¿Qué tal, señorita Farrow?

-La última vez que nos vimos me llamabas por mi nombre, Norton -sonrió Gloria, perdiendo algo de su tirantez anterior.

-Es cierto. ¿Habéis intentado hallar alguna solución a nuestros problemas?

Werbener sonrió cansadamente.

-Has hablado con Iano, ¿no? -inquirió.

-Si.

-Pues la que él te propuso es la única solución posible, Sprague. Estamos totalmente aislados, sin posibilidad alguna de salir de aquí por nuestros propios medios.

Norton inclinó la cabeza, apesadumbrado. Miró a Kary, que tenía los ojos llenos de lágrimas. Sin palabras, le acarició las mejillas.

-Nosotros esperábamos tu presencia para decidir algo -intervino Gloria-. Queríamos contar contigo.

Aquellas tres personas tenían los ojos fijos en Norton. Miradas anhelantes, como si le confiaran a él la solución. Norton se sintió invadido por una negra desesperación.

-Pensaremos -dijo sencillamente.

A continuación, a fin de descargar un tanto el ambiente de tensión que

se había creado, se interesó por los trabajos de Werbener.

-Se trata de producir aparatos que inmunicen a esos malditos contra las vibraciones. Pretenden que tan pronto los haya conseguido me dedique a la preparación de mi emisor de ondas, pero a escala multiplicada.

-Ya. ¿Podrá conseguirlo?

-Puedo, pero me estoy entreteniendo. ¿Imaginas lo que serían esos seres inmunizados contra las vibraciones y con mi invento en su poder?

-¿No sospechan que los está entreteniendo, Maestro?

Werbener soltó una risa cascada. Su pelambrera blanca, en desorden, caía sobre su frente y orejas, lo que, unido al brillo intenso de sus oscuros ojos, le confería un extraño aspecto.

-Pese a su potencia cerebral, son ingenuos. Incluso algo estúpidos. Es posible, también, que el conocimiento de su superioridad los haga confiarse demasiado.

-Creo que comprendo -murmuró Norton-. ¿Por qué no fingimos acceder a sus deseos, y una vez en la Tierra actuamos por nuestra cuenta?

Werbener meneó la cabeza.

-Imposible, Sprague. Ellos, al proyectarnos, nos tendrían muy controlados, y en cualquier momento, al advertir la más leve muestra de que no les servíamos, nos desintegrarían.

Norton suspiró.

-Está bien. No obstante, creo que no debemos desesperar. ¿Vamos hacía el laboratorio?

Werbener encabezó la comitiva.

Kary se había serenado, y hasta estaba consiguiendo sonreírle a Norton. Gloria, por su parte, había recuperado su empaque y caminaba muy erguida, contoneándose.

Poco después, llegaban al laboratorio destinado para los trabajos de Werbener. Como todaslias dependencias que Norton había visto, dicho laboratorio era también circular y de blancas paredes, cuya composición debía ser metálica, pese a que ninguno de los terrestres podía definir aquel extraño metal.

Aparatos cuya aplicación sólo comprendía Werbener y, quizás, Gloria Farrow, se veían por doquier, bien alineados,

Norton, sonriendo casi imperceptiblemente, se dio cuenta de la

transformación sufrida por Werbener tan pronto entró en el laboratorio. En realidad, el muchacho estaba seguro que el Maestro, allí dentro, olvidaba por completo su mortal situación, y sólo pensaba en lo que su vista podía examinar.

Werbener, sonriendo, captó la expresión de las pupilas de Norton.

-Después de todo, muchacho, ésta es mi vida. ¿Imaginas que yo pudiera volver a la Tierra y aportar a la Humanidad toda esta serie de. conocimientos extraídos de un Mundo lejano y desconocido?

Le brillaban los ojos, sus arrugadas facciones estaban ahora, tensas, vibrantes.

-Comprendo, Maestro. Pero creo que ahora lo más importante es pensar en nosotros, aunque usted puede seguir trabajando. Le comunicaremos nuestros proyectos, si es que entrevemos alguna posibilidad de huir de aquí.

Werbener asintió con la cabeza y se sumió en el estudio de unas complicadísimas fórmulas. Gloria, indecisa, no sabía si inclinarse por la Ciencia o por la Vida.

Optó, al fin mujer y mortal, reunirse con Kary y Norton.

El joven las miró, pretendiendo infundirles ánimo.

-Bueno, después de todo estamos vivos, ¿no?

-Ya es algo, claro. ¿Pero de qué nos sirve? Estamos aquí prisioneros de esos seres repugnantes -replicó Kary.

-¿Tienen algún momento determinado para abrir la puerta? ¿Viene alguien a visitarnos con regularidad?

-De cuando en cuando, viene Iano. También Orma suele aparecer con frecuencia, sin que pueda determinar la medida del tiempo exacto que transcurre.

-Ya.

Norton se acarició la mandíbula, pensativo. Había comprobado que con aquella puerta convexa abierta se producía una situación de vacío, contra el cual debían estar inmunizados, pero que a los terrestres no les permitía emitir sonidos, o al menos, oírlos. Cuando se cerraba la puerta cesaba aquella situación.

-Creo que podremos intentar algo -dijo, al fin, Norton. Las dos jóvenes, mostrando su interés en las brillantes pupilas, le miraron rápidamente.

-¿Qué es ello?

-En primer lugar, debo saber si Iano u Orma vienen solos a efectuar sus visitas.

-Sí. Alguna vez vienen los dos juntos, pero esto ocurre con poca frecuencia.

-Bien. Hablemos con Werbener.

-¿De qué se trata, Norton? -inquirió, ansiosamente, Kary.

-Es posible que entre tantos aparatos, Werbener pueda producir alguno capaz de emitir cualquier sonido. Bastaría, en la Tierra, una simple trompeta.

Gloria evidenció su desencanto. Sus bellas facciones parecieron ajarse un tanto.

-¿Qué resultado podemos obtener con ello?

-Poder salir de aquí, de momento. Amenazando a cualquiera de ellos con la desintegración, lograríamos que nos abriera la puerta y podríamos salir al exterior. Una vez allí... Bien. Se trata de conseguir lo primero.

-No veo cómo... -empezó Gloria, siendo interrumpida por Norton.

-En adelante, estaremos de perpetua vigilancia tras la puerta convexa, dado que no podemos controlar las visitas de esos malditos. Tan pronto aparezca cualquiera de ellos, el que en aquellos momentos esté vigilando, se situará a sus espaldas, impidiendo que la puerta quede abierta. Una vez todos encerrados de nuevo, podemos obligar a Iano o a Orma que nos deje en libertad, bajo la amenaza de desintegración.

Gloria movió la cabeza, tristemente.

-No conseguiremos nada, Norton. Cualquiera de los dos será lo suficientemente inteligente como para optar por dejarnos salir de aquí. No obstante tan pronto se abra nuevamente la puerta, nuestro aparato productor de sonidos quedará totalmente inutilizado.

Norton maldijo en voz baja. Naturalmente, aquellos tipos sabían lo que hacían.

-Es cierto -replicó-. Y nada conseguiríamos con deshacernos de Iano u Orma. Por el contrario, la fetidez que desprenden sus cuerpos al desintegrarse nos intoxicaría.

Tras estas desalentadoras palabras, los tres jóvenes observaron un silencio cargado de angustia.

Impotentes.

Nada podían hacer contra aquel sistema de encarcelamiento, poco menos que infalible. Ellos mismos no podían abrir la puerta, ya que los cierres estaban por fuera, cosa lógica. Tan pronto se abriera la puerta quedaba anulada cualquier ventaja que pudiera tener sobre los «sacayocos», puesto que los sonidos no se propagaban. Tampoco podían matar a ninguno de ellos, puesto que, aparte de la inutilidad del acto, el mal olor acabaría con ellos.

Norton dejó de pensar, al advertir las lágrimas que resbalaban mansas, incapaces de ser contenidas, por las mejillas de Kary. No obstante, si estaba allí había sido por su culpa... Pero tampoco era momento de hacerse reproches. Nada se conseguía con ello, como no fuera empeorar la situación.

Por eso, Norton se limitó a abrazar suavemente a la joven, ante la irónica mirada de Gloria.

-Saldremos, Kary... -murmuró -. Te lo juro.

Gloria soltó una risita.

-Seamos prácticos, Norton -dijo-. ¿Cómo?

En aquel instante, unos sonidos repercutieron por todo el laboratorio y anexos. Simultáneamente, sonó una voz. Una voz de inflexiones extrañas. La voz de Iano.

-Eso me pregunto yo también, Norton Sprague. ¿Cómo piensas salir de aquí? ¿Aún no estás convencido de que lo único que puedes hacer es obedecerme?

Un frío intenso, agarrotador, pareció apoderarse de los cuerpos de los terrestres. Desconcertados, miraron en todas direcciones.

-Es un sistema de micrófonos -anunció, muy pálida, Gloria.

-Exactamente -dijo Iano.

-Así que puedes oírnos, ¿eh? -gritó, furioso, Norton.

-Está claro. He oído todos vuestros disparates. Naturalmente, en lo sucesivo, no habrán visitas...

-¡Al menos nos libraremos de vuestra presencia, fantoches!

-No consigues nada así, Norton Sprague... Cuando estéis plenamente convencidos de que os conviene servirme, decidlo en voz alta. Yo os oiré.

-No tendrás ese placer, maldito monstruo -dijo con voz contenida, Norton.

-Estudiando vuestras reacciones os encuentro interesantes -dijo Iano-.

¿Cómo podéis ser tan obstinados y absurdos? ¿Todos los terrestres sois igual?

-No.

-En tal caso, nunca seréis potentes en el Cosmos. No se puede triunfar sin unidad de pensamiento. Nosotros, sí. Por eso, estoy seguro de que conseguiremos sojuzgar a mundos como el vuestro, desunido y donde cada individuo actúa a su albedrío, sin disciplina.

-¡Bah!

Iano ya no replicó. En el intenso silencio, sus últimas palabras aún resonaban en los oídos de los terrestres, que se miraban expresando desorientación y terror.

No hablaban. ¿Para qué, si sabían que iba a ser oídos por aquellos seres?

Werbener había abandonado su trabajo y miraba, con igual expresión que los demás, los rincones de la estancia, donde pudieran estar instalados los micrófonos.

Volvió a sonar la voz de Iano.

-Me olvidé deciros que no os molestéis en buscar los micrófonos. Están instalados por fuera, con canales de conducción invisibles para vosotros.

Cerró la comunicación.

Los terrestres se miraron entre sí, comprendiendo la inutilidad de cuanto hiciesen y hablasen. Sólo Norton, con voz ronca, se atrevió a decir:

-Sólo nos queda morir.

Werbener se revolvió, inquieto. ¿Morir? Ahora que tenía en sus manos fórmulas y aparatos jamás soñados. Él era científico y le importaba un ardite cuanto no fuera Ciencia. Él podía aprender mucho ahora. Podía estudiar la civilización y medios de vida y espacio de aquellos seres...

-¿Por qué morir, Sprague?

Las grises pupilas de Norton se clavaron en las del Maestro Espacial. Advirtió, claramente, en un momento de intuición, que iba a encontrar seria oposición por parte de Werbener.

-¿Qué otra cosa podemos hacer? No podemos traicionar a los nuestros.

-No es traicionarlos, muchacho. Después de todo, los «sacayocos» les llevarían una civilización superior a la que ahora tenemos los terrestres y...

Norton le atajó con un ademán:

-Temo que usted no se ha detenido a estudiar al Hombre, Maestro. Ahora, vive en libertad y lucha por lo que tiene. Lo que no conoce no lo necesita. Por otra parte, está muy orgulloso de su constitución, mucho mejor que la de cualquiera de los mundos habitados. Más completa y que proporciona mayor belleza a su Mundo, mientras que los demás sólo nos pueden proporcionar materia; fría y hasta innecesaria materia.

-Olvidas la Sabiduría. Y los «sacayocos» la tienen.

-Pero carecen de otras cosas, que a los humanos nos son imprescindibles.

-¿Por ejemplo?

-Ellos no ríen. No aman. No pueden gozar de las cosas salvajes, sin control, como son nuestros paisajes naturales... Todo en ellos es cálculo y disciplina.

Gloria y Kary se habían acercado a Norton, con lo que indicaban claramente que estaban de parte del joven. Werbener, comprendiéndolo, sonrió.

-Ciertamente, ésas son cosas que no preocupan a un Mundo superior. Todo eso son debilidades y sentimentalismos sin sentido alguno.

-Creo que usted no ha vivido, Maestro -dijo, fríamente, Norton-. Y lo que es peor, no comprende a sus semejantes. ¿Cree que si no hubiera sido por el amor de dos humanos estaría en el Mundo?

Werbener se encogió de hombros.

-Estoy. No me importa por qué, ni cómo. Y estoy para expandirme a través de él, para colmar mi Destino.

Al pronunciar estas palabras, los ojos de Werbener fulguraban.

-Es más, querido Sprague. Yo pienso colaborar con esta gente. Yo seré quien, desde aquí, los dirija hacia la conquista de la Tierra.

Una fría sonrisa apareció en los labios de Norton.

-Antes le mataré. Maestro -dijo, lentamente, y con suavidad, pero con una convicción tal que Werbener retrocedió unos pasos.

Kary, temerosa, se abrazó a Norton.

-Se ha vuelto loco -murmuró.

-Lo ha sido siempre -replicó el joven.

En aquel instante, el ruido que producía el micrófono cuando iba a ser

utilizado por aquellos sujetos, paralizó a los terrestres.

-Veo que se están definiendo las posiciones -dijo Iano, con su característica voz apagada, seca-. Realmente, al único que necesitamos es a Werbener y, quizás, a la mujer científica. Si estabais todos juntos era con la intención de que convencierais al Maestro para que actuara a nuestro favor. Viendo su predisposición a ello, me inclino a considerar que los otros terrestres sois innecesarios.

Norton notó el convulso temblor del cuerpo de Kary, muy apretada contra él.

-¿Y qué harás con nosotros, Iano?

-Desapareceréis del Cosmos. En «Sacoy» lo que no es útil se destruye. Es en bien de todos.

Norton soltó una carcajada seca, detonante.

Iba a contestar, cuando se percató de que Iano ya no le haría caso alguno. Comprendió que la sentencia estaba dictada.

No habló.

Sólo miró a Werbener y a Gloria.

El Maestro, sonriendo con una mueca diabólica, retrocedía. Gloria, incapaz de reaccionar, seguía junto a Norton. Se miraron. Y Norton comprendió que aquella mujer prefería morir.

Morir.

Bien. Puesto que no iba a poder torcer aquel trágico destino, sí podían hacer otras cosas. Por eso, Norton, sabiendo que le quedaba poco tiempo de vida, decidió actuar.

Sin hablar. Lo que iba a hacer no tenía que ser conocido por Iano hasta que todo estuviera consumado. Luego, podría morir tranquilo.

Miró a las mujeres y las vio serenas. Esperando la muerte con estoicidad.

Con pasos rápidos, se dirigió hacia el laboratorio, en pos de Werbener. Rió silenciosamente, pensando en lo que iba a hacer. Aquel maldito loco no podría dirigir los ataques contra la Tierra. Ni podría ver el dominio que aquellos seres de pesadilla creían iba a ejercer sobre ella.

Cuando penetró en el laboratorio, Werbener, de un vistazo, comprendió las intenciones de Norton.

-¡No! ¡Insensato!

Norton, con un aparato metálico en la mano, se volvió en redondo hacía el Maestro, esquivando su acometida furiosa, Al mismo tiempo, tras soltar el aparato, golpeó a Werbener en el pecho, lanzándole hacia atrás.

El científico, con los ojos inyectados en sangre, se incorporó vivamente, dispuesto a impedir que Norton destrozara todos aquellos aparatos, más valiosos que su propia vida.

-¡No lo harás, maldito...! ¡No lo harás!

Pese a su edad, la ira le había convertido en un tipo peligroso, y prueba de ello fue el contundente golpe que Norton recibió en el cuello, que casi le derribó.

Norton resolló y se revolvió contra Werbener, asestándole un furioso puñetazo entre los ojos, que hizo caer de espaldas al Maestro. Cuando quiso incorporarse, ya Norton había saltado a su lado, pegándole con el canto de la mano sobre la oreja.

Werbener exhaló un ronco gemido y cayó sin conocimiento.

Norton, ciego de ira, comprendiendo que las palabras del Maestro habían llamado la atención de Iano, actuó sin perder tiempo. Con sus manos desnudas, se dedicó a la destrucción de aquellas máquinas que podían llevar la esclavitud a la Tierra.

Con la frente sudorosa, jadeando, transformado el rostro, Norton, uno tras otro, iba destrozando cuantos aparatos había en el laboratorio.

Chispazos, ruidos metálicos, gemidos extraños...

Cuando hubo terminado su destrucción, se volvió hacia el Maestro. Él también tenía que morir. De lo contrario, todo aquello podía ser reconstruido.

Como no tenía otras armas que sus manos, Norton, soltando un grito, inhumano, de demencia, saltó contra Werbener agarrando con ambas manos el cuello del científico.

Empezó a apretar, y su rostro dibujó una cruel mueca cuando vio que el rostro de Werbener empezaba a amoratarse.

El gemido de Kary le llamó la atención. Miró hacía ella y a Gloria que, paralizadas, contemplaban la escena.

-Volveos de espaldas. No es grato ver el rostro de un estrangulado -dijo, secamente, mientras seguía apretando.

No obstante, con horror se dio cuenta de que sus últimas palabras no habían llegado a propagarse. Ello significaba que...

¡Allí estaban ya los malditos! ¡Habían abierto la puerta, consiguiendo la situación de vacío!

No obstante, estalló en su cerebro el recuerdo de que allí, entre sus manos, estaba el cuello de Werbener. ¡Y tenía que matarlo! De lo contrario, su obra no hubiera sido de ninguna utilidad.

Rió, aunque sin oír su risa.

Y apretó. Apretó con todas las fuerzas de su desesperación. Iba a morir, pero habría salvado a la Tierra. Los terrestres nada tenían que temer de aquellos extraños, siempre que no consiguieran el aparato inmunizador de vibraciones. ¡Y Werbener no lo iba a conseguir!

Los «sacayocos» no podrían soportar sus ruidos y vibraciones, máxime estando avisados, puesto que el general Haynes estaba en posesión de aquel secreto...

De súbito, un rayo azulado iluminó el laboratorio.

Norton, que sentía el sudor correr por todo su cuerpo, se miró, con los ojos casi desorbitados, las impotentes manos.

¡Habían disparado contra sus manos, paralizándolas!

Miró hacia la puerta.

Iano y Orma. Tras ellos, los «sacayocos», portando sus temibles pistolas paralizantes.

Más allá, arrinconadas, comunicándose su mutuo temblor, Kary y Gloria temían no poder resistir aquella pesadilla, que destrozaba sus nervios.

-Sigúenos, Norton Sprague -dijo Iano, con su falta de inflexión en la voz.

-Podéis ahorraros teatro. Matadme aquí mismo... ¿Por qué oigo tu voz, y tú oyes la mía? -inquirió asombrado.

-Orma y yo llevamos adosados un dispositivo especial, conectando ahora hacia ti. Tus mujeres no nos oyen.

-No son mis mujeres -rezongó Norton-, ¿No podéis dejarlas a ellas en paz? ¿No podrían volver a la Tierra?

-Las condiciones serán siempre las mismas. Si quieren pueden volver a su Mundo. Tú no.

Norton se encogió de hombros, desalentado. Había fracasado.

-Está bien, fantoches. Sólo siento no haber matado a Werbener. Y haber desintegrado a alguno de vosotros, pese a lo nauseabundos que resultáis

muertos. ¿Tiene eso explicación científica?

-La tiene, pero no las entenderías. Vamos.

Norton pensó que aquel olor se parecía al del hidrógeno protocarbonado, sólo que mucho más intenso, irrespirable.

Al fin, tras dirigir su mirada hacia las dos muchachas, que no se habían movido, echó a andar hacia la salida. No obstante, antes de salir del laboratorio, pudo darse cuenta de que Werbener empezaba a recuperarse.

Bien. Quizás Kary y Gloria se decidieran a hacer lo que él no había podido completar.

-¿A dónde me lleváis? -inquirió.

-A la cámara de desintegraciones. Podremos estudiar sobre cualquier gas que se produzca de tu desintegración. Como ves, pues, nosotros al propio tiempo que destrozamos lo inútil, intentamos obtener de ello algún provecho.

-¡Bah! Seguro que yo no apesto como vosotros.

No le contestaron. Sintiendo que algo se retorcía en su interior, que algo se quebraba, produciéndole un extraño dolor, Norton vio cómo Iano cerraba la puerta convexa.

Allí, en aquella nave, quedaban dos mujeres indefensas y un loco. Kary...

Allí quedaba Kary. La mujer que en la Tierra hubiera constituido su felicidad...

Ahora... Ahora, sombras y muerte.

CAPÍTULO 7

Norton examinó detenidamente su cárcel.

Era un recinto metálico, cuya puerta quedaba asegurada por barras de retención. Cuanto existía allí era del mismo material, y todo empotrado en el suelo y techo.

El joven meneó la cabeza. Imposible huir de allí. Imposible.

Recordó su ciudad. Las grandes avenidas, las comodidades, los lujos, la alegría de la gente... Recordó a Kary, a la que posiblemente no volviera a ver.

Y le acometió una congoja fuerte, demoledora.

Miró a su alrededor. Apenas veía con aquella tenue luz azul. Toda la luz era azul en aquel Mundo... Todo era monótono, igual...

Y él iba a morir allí. Poco menos que ignorado. Nadie podría recoger sus restos, puesto que ni eso existiría después de la desintegración.

¿Por qué no le habrían matado ya? ¿Por qué le sometían a aquella torturadora espera, mucho peor que la muerte?

Norton dio unos nerviosos paseos por su cárcel.

De súbito, se detuvo.

No había oído llegar a Orma, que estaba frente a él, mirándole con sus pupilas verdinegras, tan fijas y sin expresión como de costumbre.

-Orma..., ¿qué esperáis a matarme?

-No podemos hacerlo aún. Nuestras Leyes nos prohíben matar en determinada época.

-Ya. ¿Y... y vais a tardar mucho en poder hacerlo?

-Poco. Creo que será como un año terrestre.

-¿Cómo?

Norton, enloquecido, se había aferrado a los barrotes de la celda. Sus pupilas desorbitadas miraban a las de Orma.

-¡Un año! ¡Un año aquí encerrado! ¿Por qué? -gritó, con el rostro descompuesto y bañado en sudor.

-Siento que te lo tomes de esa manera, Sprague. Son nuestras costumbres.

-Pero yo no soy de los vuestros. ¡Matadme de una vez!

-¿Tanto le temes a estar durante un año solo con tus pensamientos?

Nosotros, a veces, nos recluimos voluntariamente por ese tiempo, y a veces más, para meditar.

Norton resopló. Se esforzó inútilmente contra aquellos barrotes. Jadeaba.

-A mí no me importa lo que hagáis vosotros, Orma. Esto es una crueldad innecesaria... Además, ¿en qué voy a pensar yo? Ni tan siquiera en mi Mundo puedo pasar por un ser inteligente. Yo necesito acción a mi alrededor, vida...

-Comprendo lo que me estás diciendo, Sprague. Lo comprendo perfectamente, pero difiero algo en la opinión que tienes de ti mismo. No eres muy inteligente, cierto, pero eres perceptivo.

-¿Perceptivo?

-Sí... Habilidad, agudeza. No sé cómo explicarme.

-Eso se llama astucia. Y es una de las armas más eficaces de los hombres -replicó Norton.

Norton emitió una amarga carcajada.

-Cierto. Eres astuto.

-¿Y de qué me va a servir eso ahora?

Orma estaba totalmente inmóvil. Su delgado cuerpo, delicado, de color rosado, como casi el del Hombre, parecía estar privado del movimiento, al igual que las demás partes de su organismo.

-Creo que de nada, terrestre -replicó, al fin -. No obstante, yo puedo hacer más llevadera tu estancia aquí. Conversaremos.

-Me produces náuseas, Orma.

-¿Por qué?

Ni se había inmutado. ¿Tan superiores eran que no sentían su amor propio herido por manifestaciones como aquélla? Sólo con leve curiosidad, Orma inquiría el porqué le producía náuseas. Quizás por si en ello existía algún motivo científico.

-Nosotros somos distintos, Orma -intentó explicar Norton-. Tu piel y la mía son diferentes. También nuestra composición y órganos. Me repeles.

-Tú a mí, no.

Norton sintió una sacudida nerviosa. Miró a Orma. Su calva cabeza, muy redonda. Su cerebro palpitante. Aquella cavidad bucal producía horror. Aquel cuerpo extraño..., sin atractivos... Los ojos inmóviles, sin expresión, sin

brillo...

-Prefiero que me dejes solo, Orma.

-No. En realidad, quiero hablar contigo. Escucha.

Una levísima esperanza prendió en el corazón de Norton. Intentó escrutar el rostro de Orma, pero fracasó sensiblemente.

-¿Qué quieres?

Vuestras mujeres me gustan.

-A mí también -rezongó Norton.

-Me gustan sus formas. Sus movimientos. Sus cabellos -siguió Orma-. Especialmente sus ojos casi siempre expresan lo que piensan sus cerebros.

-¿Sí? -ironizó Norton-. Los hombres de la Tierra no pensamos igual. Y te advierto que sería muy poco emocionante saber lo que piensa una mujer en todo momento.

-¿Por qué?

Norton hizo un gesto vago.

-Nos gusta la emoción de la conquista. Nosotros, para unirnos a una mujer hemos de hacerle el amor y ser aceptados por ella.

-¿Amor? ¿Vosotros sois inferiores a la mujer?

-En amor, sí.

-¿Qué es amor?

-¡Bah! ¡Yo qué sé! Se quiere a una mujer... y... eso es todo. Nunca me he detenido a analizar lo que se siente.

-¿Tú tienes amor?

-Sí..., sí.

-La joven rubia también. Por ti. Lo he visto en sus ojos.

Norton sonrió levemente.

-Iba a ser mi esposa en la Tierra. ¿Pero qué puede importarte a ti todo esto?

-Me importa.

Norton se estremeció. Le producía escalofríos Orma hablando de aquella manera. ¿Cómo podía hablar de amor, que en sí era belleza, semejante ser?

-Es más, Norton Sprague, quisiera ser como ellas. Norton la miró fijamente, atónito.

-¿Hablas en serio, Orma?

-Otra de vuestras cualidades es que podéis disfrazar vuestros sentimientos. Nosotros, no. Siempre decirnos lo que pensamos. Por tanto, hablo completamente en serio.

Norton se animó un tanto. Si pudiera conseguir de Orma...

-Dime, Orma. ¿Iano es tu esposo?

-Es mi padre. Nosotros nos reproducimos de modo distinto al vuestro. Pero eso no importa, en realidad. Lo que ocurre es que he oído hablar de la Tierra como de un lugar salvaje, extraño...

-¿Salvaje la Tierra? -interrumpió, asombrado, Norton.

-Aún tenéis cuerpos vegetales y grandes masas de líquido. No habéis podido acabar con ello.

-¡Ni lo haremos nunca! Forma parte de nuestra vertiente de existencia. De nuestro espacio; de nuestra constitución... Nosotros necesitamos eso.

-Quisiera verlo. Y sentir lo que sentís vosotros.

-Lo comprendo. Todo esto es frío, árido, gris... Nosotros tenemos un sol que nos da luz y calor. Es, además, nuestra principal fuente de energía.

-Nosotros no necesitamos nada de eso. Por otra parte, nuestros antepasados lo vencieron hace muchas épocas.

-Entonces, ¿por qué te interesa la Tierra y sentir lo que sentimos nosotros?

-Será mi gran experiencia. Sólo con Sabiduría puedo aspirar al poder que abandonará mi padre un día no muy lejano.

Norton respiró hondo.

-Yo puedo ayudarte, si tú lo haces conmigo.

-¿Cómo voy a ayudarte?

-En primer lugar, devuelve a la Tierra a las dos mujeres que tenéis prisioneras.

-Eso puedo hacerlo.

Gotas de sudor resbalaban por los superciliares de Norton. ¿Sería posible aquello?

-Yo también deseo volver a mi Mundo... -se atrevió a decir.

-Lo siento, Norton Sprague. La sentencia fue dictada por mi padre. Es irrevocable. Por ti nada puedo hacer. Por ellas, sí.

Los músculos de Norton se relajaron. Su rostro se convirtió en una masa fláccida, envejecida. No había salvación para él. No obstante, se

sobrepuso.

-Bien. Devuélvelas a la Tierra. Es mi condición.

-Lo haré así, Sprague. ¿Pero tú cómo podrás ayudarme?

-Bueno... Eso ya lo veremos. Conozco mi Mundo.

-Espero que no me engañes. Ellas volverían aquí y todo sería mucho peor.

No había amenaza en su voz. Ni matiz alguno. Pero Norton comprendió que no dudaría en cumplir sus palabras. Y él no tenía la menor idea de cómo ayudar a Orma en sus extrañas pretensiones. ¿Cómo iba a poder ella ver la Tierra desde el punto de vista de un Humano? ¡Imposible! Vivían en diferentes espacios... En vidas y tiempos distintos...

No obstante, lo que importaba era conseguir que Kary y Gloria pudieran regresar. Allí, en la Tierra, quizás encontrase algún medio de protegerlas. Gloria era científica y quizás hubiera algo útil en su estancia en «Sacoy»... En cuanto a él... Bueno; ¿no estaba ya dictada su sentencia? ¿Qué podía temer?

-No te engañaré, Orma. En realidad, ya casi no me causas asco.

-Está bien. Las mujeres serán devueltas a la Tierra. Naturalmente, bajo nuestro control, y promesa de no decir nada de cuanto han visto, aunque eso poco importa, dada nuestra superioridad. No nos podríais hacer daño.

-En la Tierra se os puede hacer daño hasta sin querer. Sois demasiado sensibles a las vibraciones.

-Por ahora, sí. No obstante, cuando Werbener haya terminado su aparato inmunizador, nada tendremos que temer. Seremos invencibles.

Las facciones de Norton se tensaron. Sí. Werbener podía hacer mucho daño a la Tierra. Mucho. Si hubiera algún medio de deshacerse de él... Si pudiera comunicar con las muchachas y pedirles que le mataran.

-Un último favor, Orma. Desearía hablar con las mujeres terrestres ahora mismo.

-¿Por qué?

El joven se encogió de hombros, indicando una indiferencia que estaba muy lejos de sentir.

-No es nada importante. Ya sabes que la mujer rubia iba a ser mi esposa.

-La verás. Y tan pronto estén en la Tierra, tú empezarás a trabajar para

mí.

Dicho esto, Orma empezó a alejarse con su movimiento ondulante, dejando tras sí un frío extraño. Norton, nervioso, seguía aferrado a los barrotes de su celda, contemplando a aquel ser.

Tenía que conseguirlo. Tenía que lograr que Kary y Gloria se decidieran a cometer un crimen... Werbener tenía que morir... Pero, ¿podrían volver a la Tierra si mataban a Werbener...? Si consiguieran que la muerte de Werbener pareciese natural...

Allí, pensando y desechando sucesivamente varios modos de acabar con Werbener, el joven, impaciente, esperaba las visitas de Kary y Gloria.

CAPÍTULO 8

Mientras aguardaba la llegada de las dos muchachas, Norton se dedicó a probar si alguna de aquellas barras metálicas empotradas podía despegarse. Su sudoroso rostro, y el jadeo de su pecho indicaban claramente el enorme esfuerzo a que sometía sus músculos, sin obtener más que rotundos fracasos.

Desmoralizado, iba a abandonar sus tentativas, cuando comprobó que un piquete con punta de lanza cedía a su esfuerzo.

Con las venas del cuello hinchadas, todos los músculos de su cuerpo en tensión, y los dientes apretados, Norton se dedicó a desempotrar aquella barra.

El tiempo apremiaba, y los resultados no eran apreciables. Orma no podía tardar en llegar, conduciendo a las dos jóvenes y si descubría su maniobra todo estaría perdido.

Después de mucho pensar, había decidido que lo mejor para todos sería que él pudiera salir de aquella cárcel. Una vez libre... Bien. Se podían intentar muchas cosas, siempre buscando el punto vulnerable de aquellos individuos.

Al fin, apelando a todas sus fuerzas, consiguió quedar con la barra en la mano. El sudor brotaba copiosamente de todos los poros de su cuerpo y de su garganta escapaban roncos estertores.

Comprobó, con cierta decepción, que la barra, al choque contra otras no producía más que un leve sonido apagado, sin vibración alguna. No obstante, podía ser utilizada como objeto contundente.

Procurando borrar las señales que había dejado en su rostro el esfuerzo realizado, Norton se sentó en el suelo, esperando la aparición de Kary y Gloria.

Apenas transcurrieron dos minutos, cuando oyó perfectamente el ruido que las terrestres producían al caminar. Suspiró, aliviado. Si todo salía mal, tendría el consuelo de haber visto a Kary por última vez.

Al fin las vio, cuando doblaban un largo corredor. Tras ellas, con sus extraños movimientos, seguía un «sacayoco», que no era Orma. Norton, por la túnica, reconoció al carcelero.

Su corazón saltó en el pecho. El carcelero seguramente tendría las

llaves de la puerta en su poder...

Segundos después, las dos jóvenes, mostrando un profundo asombro, estaban ante Norton.

-Norton... ¿Cómo lo has conseguido? -inquirió Kary, con los ojos llenos de lágrimas.

-Eso no importa ahora -dijo, acercándose a los barrotes, con su arma colocada detrás, para que el carcelero no pudiera verla-. ¿Cómo va Werbener con sus trabajos?

Gloria inclinó la cabeza. Evitó mirar a Norton.

-Me temo que no tardará en concluir su primer aparato-. Si, realmente, lo ha conseguido, no tardarán en fabricarlos a millares...

-Ya. De él os quería hablar.

El carcelero, impasible, permanecía cerca de ellos sin perderles de vista. Norton frunció el entrecejo. Si aquel tipo entendía el idioma de los terrestres no podría hablar con claridad.

-¿Y Orma? -le preguntó.

-Solicita a Iano la vuelta de tus mujeres a la Tierra.

Norton soltó un resoplido. ¿Sería cierto que aquellos tipos tenían aquella enorme retentiva? ¿Tan fácil era de aprender el idioma de la Tierra?

-¿Crees que lo conseguirá? -inquirió, esperando confiarle.

-Lo conseguirá.

Norton se fue acercando a él, siempre con las manos tras la espalda.

-¿Tan poderosa es Orma?

-Es sabia. No se equivoca nunca.

-Será entre vosotros -ironizó Norton.

Kary y Gloria habían comprendido que Norton buscaba algo. Prudentemente, retrocedieron un paso. Sus rostros expresaban angustia.

Norton, desviando un instante su atención del carcelero, dirigió una significativa mirada a las dos jóvenes.

-Di pronto lo que desees -dijo el carcelero -. Estas mujeres no pueden seguir aquí mucho tiempo.

Norton sonrió.

-Pues es largo lo que tengo que decirles.

-Tienes que abreviar.

-Bueno, bueno.

Se volvió hacia ellas y, simplemente, dijo:

-Escandalizad un poco.

-Pero...

Sonriendo, como para quitar importancia a sus propias palabras, Norton insistió:

-Escandalizad.

Aún asombradas, temiendo que Norton hubiera perdido e! juicio, las dos jóvenes empezaron a lanzar gritos.

El carcelero, furioso, se volvió hacia ellas. En su mano derecha brilló la pequeña pistola de rayos paralizantes.

Norton soltó una silenciosa carcajada.

El costado derecho del carcelero se le ofrecía a la vista. Y el tipo parecía muy nervioso ante los gritos de las dos mujeres, las cuales, comprendiendo el ardid de Norton, arreciaron sus voces.

Los miembros del carcelero empezaron a sufrir leves sacudidas. Era la ocasión.

Y ocurrió. Norton, empuñando el piquete con ambas manos, se lanzó hacia adelante, procurando poner toda su fuerza en el choque.

La barra metálica se hundió hasta la mitad en el costado del carcelero, quien pareció herido por un rayo. De aquel costado empezó a manar cierto líquido negruzco, cuyo olor era insoportable.

Aquel sujeto dejó caer la pistola, que pasó rápidamente a manos de Kary, que disparó varias veces contra la cabeza del «sacayoco».

Tres pares de horrorizados ojos vieron cómo el individuo abría mucho los ojos y la boca, mostrando la negra cavidad.

El tamaño de su cuerpo se iba reduciendo a medida que el liquido negruzco iba manando de la herida. El carcelero había caído al suelo y se contorsionaba agónicamente.

Norton, sonriendo ahora, tiró fuertemente de la barra, apoderándose nuevamente de ella.

-¡Vamos, Kary! Busca las llaves de la celda.

Nerviosa, dominada por el pánico, Kary se apoderó del manojo de finísimas ganzúas que portaba el carcelero.

Nadie hablaba. Todos, con los rostros mostrando claramente el instante de tensión, se afanaban en abrir aquella puerta. El sudor corría por los

cuerpos de los tres terrestres.

Gloria, al borde del desmayo, arrastraba el cuerpo del carcelero, como si con ello pudiese mitigar la hediondez que desprendía.

-¡Ya está! -gritó Kary, mientras la puerta empezaba a descorrerse, dejando a Norton en libertad.

-¿Hay alguien en el exterior?

-Creo que no -replicó Kary.

-Pues andando.

Con la barra en la mano izquierda y la diminuta pistola en la derecha, y seguido de las dos mujeres, Norton echó a correr por el solitario pasillo, de blancura deslumbradora.

Cuando llegaron a la salida, respiraron a pleno pulmón la atmósfera de aquel Mundo que jamás hubieran soñado.

De súbito, Gloria lanzó un grito de aviso.

Dos de aquellos tipos se acercaban velozmente, con sus pistolas en la mano.

Norton disparó rápidamente la suya, alcanzando a uno de ellos en las piernas, que al contacto de los rayos parecieron doblarse y convertirse en miembros inservibles. El otro, consiguió avanzar más, pero Norton, moviendo con fuerza la barra de metal, golpeó el largo brazo de aquél, consiguiendo desviar la puntería.

Durante unas fracciones de segundo, las pupilas del extraño y las de Norton quedaron fijas. La desesperación de Norton obró en él como un poderoso acicate.

Su rapidez sorprendió el «sacayoco», quien vio cómo su pistola rebotaba entre los guijarros, tras sentir un fuerte golpe en la muñeca.

Se inclinó a recogerla.

Norton profirió una extraña carcajada. Con ambas manos levantó la barra metálica y la descargó con toda su potencia contra el palpitante cráneo de aquel individuo, que pareció hundirse hasta la base de la cabeza, sin producir apenas un leve chasquido. Fulminado, aquel tipo cayó al suelo, donde quedó arrugado e inmóvil.

Mientras Norton se inclinaba para recoger su pistola, que había dejado para coger la barra con las dos manos, y la del herido, el otro extraterrestre le apuntaba desde el suelo, aunque no podía apenas moverse.

Fue Kary quien empujó violentamente a Norton, derribándole sobre los guijarros, en el instante en que el rayo azul brotaba del arma del «sacayoco».

Norton, desde el suelo, volvió a reír. Pero sus manos también accionaban. Disparó dos veces consecutivas contra aquel sujeto, causándole la paralización instantánea.

Sin transición, Norton, empuñando la barra, se acercó a él, descargando un mortífero golpe sobre su nuca. El gelatinoso cuerpo sufrió extrañas convulsiones y, al fin, quedó inmóvil.

Gloria, un tanto mareada, tuvo que apoyarse en Kary, también muy pálida.

-Es horrible -murmuró Kary-. ¿Cómo puede existir esto?

Norton, procurando serenarse, sonrió.

-Si podemos movernos a nuestro antojo les vamos a dar trabajo.

Gloria le miró fijamente.

-No lo dudo, Norton. Pero... Bien, ¿crees que has actuado con inteligencia? Nosotras, de no ser por esto, hubiéramos podido regresar a la Tierra. Ahora, será imposible. Tendremos que merodear por este Mundo, esperando que en cualquier momento acaben con nosotros.

Norton inclinó la cabeza.

-Comprendo que he sido egoísta, Gloria... No obstante, yo tenía que conseguir la libertad. Se trata de Werbener, ¿comprendes? Ese hombre no puede vivir más. Sería la ruina de la Tierra.

Hizo una pausa para mirar a Kary, que le devolvió la mirada, infundiéndole ánimo. Ella no le abandonaría. Seguro.

-Y vosotras no hubierais podido hacerlo. Lo pensé detenidamente antes de tomar esta determinación, Gloria. Vosotras no hubierais tenido oportunidad de matar a Werbener y yo pienso que vale la pena sacrificarse. Sacrificar nuestras vidas por la causa Humana.

Gloria hizo un gesto de amargura.

-Palabras, Norton. ¿Qué podemos hacer nosotros? ¿Cómo vamos a llegar hasta Werbener?

Norton la miró fijamente unos instantes,

-No sé cómo, pero llegaremos hasta él. Gloria soltó una risita escéptica.

-Está bien. Después de todo, si tú estás aquí yo tengo parte de culpa. No nos reprochemos nada.

Norton sonrió, agradecido.

-Bien. Hemos de volver a la realidad y examinar nuestra situación -dijo.

Oteó el gris horizonte, en el que destacaban, lejanas, aquellas blancas naves circulares. Por lo demás, guijarros... guijarros... Deprimente en verdad.

-Tenemos que caminar a la vista de cualquiera -se quejó Norton-. Ni siquiera existe un lugar donde podamos permanecer ocultos. Por tanto, creo que lo mejor es seguir actuando.

Las dos mujeres te miraron interrogadora mente.

-Me gustaría volver a la camilla en que nos despertamos después de ser proyectados a este maldito Planeta. Quizás allí se nos ocurra algo... Tú, Gloria, puedes examinar los aparatos...

-Lo intentaremos -suspiró la científica,

Kary, sin pronunciar palabra, se colocó al lado del hombre al que amaba. Después de todo, si morían juntos no le importaría demasiado.

-Lo siento por mí reportaje. Realmente sensacional -murmuró, sonriendo tristemente-. ¿Imaginas?

-Sí, pequeña. Lo imagino.

-¿Qué crees que estará haciendo el general Haynes?

-Se estará volviendo loco -sonrió Norton-, al igual que los consejeros de la Tierra. Cierto que aún no corren peligro, pero ese nauseabundo olor debe estar causando estragos entre los terrestres. No obstante, lo peor será si Werbener consigue su inmunizador. En tal caso...

Siguieron andando penosamente, extrañados de que aún no les hubiera salido al paso una legión de sujetos de aquellos.

Norton comprendió los esfuerzos que debían realizar aquellas dos muchachas para mantener la serenidad.

-Echo en falta nuestro sol -murmuró Gloria-. Nunca creí que podía llegar a pensar así, pero... En fin, estoy aprendiendo muchas cosas... Sí, Si alguna vez regreso a la Tierra me dedicaré a vivir. A disfrutar de lo que hasta ahora he despreciado. Después de todo, la vida es lo mejor que tenemos los Humanos. ¿Por qué malgastarla en cosas poco menos inútiles o dañinas?

Norton sintió un nudo en la garganta. Echó una ojeada a su alrededor,

sintiendo una fuerte opresión en el pecho.

-No te atormentes, Gloria -susurró-. Nos ha correspondido un extraño Destino.

-Sí..., sí.

Estaban ya muy cerca de la nave-enfermería.

Los terrestres caminaban con cautela, sorprendidos por no haber sufrido tropiezo alguno. En realidad, ignoraban el número de «sacayocos» que podían existir en aquellos contornos, correspondientes, casi con seguridad, a un centro de investigación. ¿Sería posible que los habitantes de aquel centro se redujeran a los que habían visto hasta aquel momento?

Al fin, quedaron frente a la gran rampa que conducía a la puerta de entrada de la nave, mirando recelosamente en todas direcciones.

Norton encajó fuertemente las mandíbulas.

-Creo que debemos decidirnos a entrar -dijo.

Hubo un ligero titubeo. Al fin, las dos muchachas asintieron con la cabeza, y siguieron a Norton en la ascensión de la rampa.

-Recuerdo que habían varias mujeres de ésas cuando desperté. Me pregunto qué habrá sido de ellas.

-Lo más probable es que sigan aquí, Norton -replicó Kary.

-Bien. Yo entraré primero.

La puerta de la nave permanecía entreabierta, como si fuera una invitación a entrar allí.

Norton no quiso entretenerse más. Avanzó rápidamente dos pasos, y empujó la puerta.

Ante sus ojos se ofreció el mismo espectáculo que había visto cuando despertó en aquel Mundo. El mismo cono de luz y sombras alrededor. La diferencia estribaba en que en esta ocasión nadie ocupaba aquella plataforma giratoria que servía como camilla.

Desconcertado, miró a su alrededor.

Y percibió presencias extrañas.

Sintió un estremecimiento.

-Eres un insensato, Norton Sprague... ¡La voz de Iano!

Bien. ¿Por qué dejarle terminar de hablar? Norton giró velozmente, disparando hacia el lugar desde el cual había partido la voz. Tiró varias veces.

No obstante, volvió a oír la voz de Iano:

-No puedes tocarme puesto que no estoy aquí. Te hablo desde mi nave, Sprague... Te controlo perfectamente y no conseguirás nada. Creo que no te has comportado muy bien con tus mujeres. Ellas podrían estar ya en la Tierra.

-No, Iano. No volveremos a la Tierra si no es con Werbener. Y no creas que te será fácil terminar con nosotros.

-Tenemos medios que no voy a utilizar por el momento. No obstante, voy a impedir que sigas matando más de los míos.

-¿Cómo lo vas a impedir, Iano?

-Eso es cosa mía. No obstante, si escuchas, te lo explicaré.

Norton meditó brevemente. Se volvió hacia Kary y Gloria, que apenas habían asomado la cabeza en la nave. En voz baja, deslizó al oído de Kary:

-Escuchad lo que os diga y, de cuando en cuando, haced algún comentario, para que crea que estamos todos aquí.

Kary le miró, alarmada.

-¿Nos vamos a separar?

Eí joven la sujetó fuertemente por los hombros, mientras sus pupilas se clavaban en las de Kary.

-Es necesario, pequeña. Cabe la posibilidad de que mientras él habla, creyéndome aquí, yo pueda sorprenderle en su nave, ¿comprendes? Es nuestra única oportunidad Si Iano cayera en nuestras manos... Bueno, creo que habríamos ganado bastante terreno hacia nuestra libertad.

Kary se mordió los labios. Gloria, muy pálida, parecía contener las lágrimas.

-Está bien, Norton -susurró, al fin, Kary-. Ojalá no tengamos que lamentarlo. En realidad, no me importaría demasiado morir si tú... si tú estuvieras a mi lado...

Dos mujeres indefensas, ante la amenaza de aquel mundo de horror. Norton sintió imperiosos deseos de hacer algo, de triunfar. ¿Por qué habían de morir aquellas dos mujeres? ¿Por qué Werbener se había vuelto loco y trabajaba para el exterminio de la Tierra?

Y la responsabilidad de todo reposaba en sus espaldas. Bien.

-He de intentarlo, Kary -murmuró. Luego, en voz alta, dijo -: Te escucho, Iano.

Tan pronto e! «sacayoco» empezó a hablar, Norton salió casi


corriendo hacia la salida.

CAPÍTULO 9

Nadie molestó a Norton mientras corría hacia la nave de Iano.

Muy inclinado hacia adelante, imprimía a sus piernas cuanta velocidad le era posible. Al fin, apenas transcurridos diez minutos, llegaba a la vista de aquella construcción. Bien. Era posible que las muchachas se las hubieran ingeniado para entretener a Iano.

Conteniendo sus impulsos, decidió que lo más conveniente era actuar con astucia. No podía fracasar ahora.

Ascendió por la rampa y llegó junto a la puerta. Entró de un salto, encontrándose con la sorpresa de que allí no había nadie. Se mordió los labios, furioso. ¿Era posible que Iano hubiera adivinado lo que iba a hacer?

En tal caso, aquello era una trampa...

-No debí confiar en ti, Norton Sprague. Eres un embustero.

Allí, ante él, impasible, inmóvil, estaba Orma. Lo más curioso es que no parecía llevar arma alguna.

-Es posible que tengas razón, Orma. No obstante, debes comprender que mi obligación es luchar.

-Es inútil que lo hagas. Ya debieras saberlo.

Norton soltó una áspera carcajada.

Amenazó con su pistola de rayos paralizantes a Orma.

-Por el momento, me vas a acompañar hacía donde está Iano.

-¿Me amenazas? Norton resopló, asombrado.

-¿Es que no lo estás viendo? Puedo disparar esta pistola contra ti, y luego ensartarte con esta barra. ¿O es que crees que hablo en broma?

Orma se echó hacia atrás. Nada en su rostro, en sus facciones, indicaba su estado de ánimo.

-Has perdido la razón, terrestre -dijo-. Nadie puede amenazar a la hija de Iano.

-¡Bah! Déjate de tonterías. Puedo matarte, Orma. Y lo haré si no me obedeces.

-¿Qué pretendes conseguir?

-Una sola cosa: la libertad. ¿Te parece poco? Vosotros, con toda vuestra inteligencia, parece que no dais importancia a eso. Tenéis un extraño concepto de la vida. Y basta de palabrería. Vamos, Orma, condúceme hasta

Iano.

Orma, sin replicar empezó a avanzar hacia una puerta disimulada, adosada a un tabique lateral.

Norton, con la pistola fuertemente empuñada, la siguió.

Al atravesar el umbral, se encontró frente a Iano.

El Jerarca, estaba hablando a través de un micrófono invisible para Norton, puesto que aquél le daba la espalda.

Al verle, Norton se echó a reír.

-Deja ya de hablar, Iano, Posiblemente nadie te escuche. Tu afición a demostrar que conoces nuestro idioma te ha sido fatal.

Iano, tranquilo, frío, dejó de hablar y se volvió hacia Norton. El joven sabía que sus palabras habrían llegado a oídos de Kary y Gloria y, por tanto, no tardarían en reunírsele.

Tranquilo a este respecto, se acercó a Iano.

Ni miedo, ni sorpresa... Nada. Aquel rostro parecía petrificado.

-Muy ingenioso, Sprague. Empiezo a comprender los motivos del fracaso de otros Mundos sobre la Tierra. Sois interesantes. Poco cerebro, cierto, pero muy bien compensado.

-¿Nos admiras, maldito? -gruñó Norton.

-Esa cualidad, sí. Aunque es ciertamente rastrera. El engaño no es noble.

-¡Qué tontería! En la guerra está todo permitido, fantoche. ¿Tú creías que nos ibas a dominar sin lucha?

-Lo creí. Nuestra inteligencia pura no concibe ese pataleo desesperado por salvar la vida. Un enemigo debe comprender cuando ha perdido. Bien. ¿Qué deseas de mí?

-Te exijo -recalcó Norton-, la muerte de Werbener. Y la libertad para nosotros. Y quiero que comprendas que no es una lucha individual la que estoy sosteniendo. Si así fuera no me importaría en absoluto la suerte de Werbener. Pero aquí nos jugamos la vida de millones de terrestres.

Los dos extraños parecieron consultarse con !a mirada.

-No me engañaréis con vuestra postura -siguió Norton-. Sé que sentís horror al dolor físico. Vosotros mismos lo habéis confesado. Y ahora tenéis miedo.

-Sí. Es cierto -dijo Iano.

-Entonces, ¿qué esperas para dar las órdenes oportunas?

-Puedo complacerte si esperas a que Werbener termine su aparato.

Norton soltó una carcajada.

-No seas imbécil. Lo que pretendo es, precisamente, impedir que lo consiga. Decídete, Iano.

Movió la mano derecha, con la que empuñaba la pistola. Su izquierda blandió amenazadoramente la barra metálica.

Los músculos de Norton estaban tensos, prestos a entrar en juego. Empezaba a impacientarle la tardanza en llegar de Kary y Gloria. Se sentiría mucho más seguro si las mujeres estuvieran a su lado.

Al fin, Iano se volvió hacia el tablero de micrófonos.

-Traed a Werbener -dijo, sencillamente. Luego, volvióse hacia Norton.

-Tendrás a Werbener -dijo-. Pero no veo cómo vais a poder salir de aquí. La proyección debe realizarse bajo nuestro control. Corréis el riesgo de quedar desintegrados a medio camino.

-Lo intentaremos, Iano. Lo intentaremos todo para poder salir de aquí.

-¿No podríamos ser amigos, Sprague?

-No. Intentáis dominarnos. Y la Tierra no puede ser dominada. Si acaso, destruida. Los terrestres sentimos una extraña rebeldía a admitir lo que no comprendemos, o lo que se pretende que comprendamos a la fuerza.

En aquel instante, Norton percibió ruido de pasos presurosos. No podía ser nadie más que las dos muchachas terrestres. Aliviado, las guió con la voz hacia el lugar en que se encontraba.

-¡Lo conseguiste, Norton! -gritó Kary.

-Sí -dijo Gloria, algo escéptica-. ¿Y ahora?

-Ahora recibiremos a... ¡Maldito Iano!

Furioso, perdido el control de su sistema nervioso, Norton se abalanzó sobre Iano, golpeándole brutalmente con la barra metálica en el pecho.

El Jerarca cayó al suelo, estremeciéndose todo su cuerpo.

Orma avanzó un paso, pero se detuvo, horrorizada por lo que estaba haciendo Norton.

Todo el tablero de micrófonos estaba siendo destruido a conciencia.

-Lo han oído todo -mascullaba Nprton, mientras asestaba furibundos golpes contra los micrófonos.

Luego, con los ojos algo enrojecidos por la ira, jadeando, Norton se volvió hacia Orma.

-Tú nos acompañarás al laboratorio, Orma. Tú lo harás. Y procura no abrir la boca para discutirme. No podemos perder tiempo.

-Lo haré -dijo, demostrando su miedo a sufrir la misma suerte que Iano, que se retorcía en el suelo -. ¿Qué va a ser de mi padre?

-¿Crees que eso me importa? Vamos.

Orma salió en primer lugar, seguida por las dos muchachas. Norton curvó los labios en una dura sonrisa antes de disparar dos veces contra la cabeza de Iano. Aquello le contendría durante un apreciable lapso. Seguro que Orma sería más fácil de manejar.

Norton corrió en pos de la comitiva. No obstante, antes de que pudiera llegar a ellas, ya en la nave principal, un grito de horror llegó a sus oídos.

Lo comprendió, Iano había dado la voz de alarma al pedir la presencia de Werbener. En tal ocasión debió dejar abierto el dial de conexión con la nave del laboratorio, y los «sacayocos» habían captado la alarma.

Norton corrió velozmente hacia la salida, atisbando a su alrededor. Comprobó, con cierto alivio, que aquellos sujetos que avanzaban estaban todavía algo lejos.

Orma, inmóvil, miraba fijamente la temblorosa pistola con que te apuntaba Kary. Por su parte, Gloria, algo más serena, consultó a Norton con la mirada.

-Seguid manteniendo a raya a Orma -dijo el joven-. No se atreverán a tocaros por miedo de causarle daño a ella.

-¿Qué vas a hacer tú, Norton? -inquirió Kary.

-Aún no lo sé bien, pequeña. No obstante, imagino que el laboratorio habrá quedado desguarnecido...

Y soltó una extraña carcajada.

¿Acaso se le podía presentar mejor ocasión para acabar con Werbener?

Echó a correr en dirección contraria a la que llevaban los «sacayocos» y, por tanto, alejándose del laboratorio. No obstante, se trataba tan sólo de una treta.

Rodeó la blanca nave de Iano y aguardó a que aquellos tipos estuvieran lo suficientemente concentrados en las muchachas y en Orma, para

que no se percataran de su maniobra.

Efectivamente, ya no les veía, ni ellos podían verle a él.

Allí empezó su carrera.

Saltando sobre los guijarros, con las ropas pegadas al cuerpo a causa del sudor, y con un solo pensamiento en su mente: matar.

Matar a Werbener. Aquélla era su misión. Pese a que sabía ya que no iba a poder salir de aquel Mundo gris y frío. Jamás podría sentirse acariciado por los sensuales rayos del sol terrestre...

Pero otros millones de hombres, sí. Otros podrían, gracias a su sacrificio.

-¿Y Kary? ¿Y Gloria?

¿Por qué habrían de sufrir ellas las consecuencias?

Estos pensamientos acumularon gran cantidad de ira en el pecho de Norton, quien cada vez iba aumentando su velocidad, ansioso por llegar frente a Werbener. En él saciaría su cólera.

Al fin, divisó la nave-laboratorio. Blanca, circular, pero sin vida, fría. Allí dentro estaba Werbener.

Cuando estuvo suficientemente cerca de la entrada, se percató de que los dos «sacayocos» permanecían de vigilancia. No obstante, por su posición, Norton comprendió que no le habían visto.

Rodeó la nave, adoptando precauciones para no ser descubierto, al menos hasta que él lo considerara oportuno.

Tardó varios minutos en situarse a espaldas de aquellos sujetos, de los que le separaban unas veinte yardas. Sonriendo, Norton empezó a acercarse a ellos. Tan pronto los tuvo a tiro de la pistola de rayos paralizantes, disparó dos veces contra el de la derecha.

El tipo emitió un apagado gemido y se desmadejó en el suelo. Pero el otro, advertido por la caída del compañero, tuvo tiempo de esquivar la segunda carga de Norton, mientras, a su vez, disparaba su arma.

Norton tuvo que dejarse caer de rodillas sobre los guijarros para eludir los azules rayos. Desde esa postura, volvió a disparar, aunque sin conseguir alcanzar a su enemigo.

Entretanto, el otro, aunque anuladas las piernas por la carga de rayos, pudo incorporar el busto y apuntarle con su pistola. Fue ese instinto de los humanos, ese sexto sentido, el que le salvó de una derrota cierta.

Con el rostro cubierto de frío sudor, respirando estertóreamente, Norton decidió jugar una última baza. Levantó el brazo izquierdo y disparó con enorme fuerza la barra, como si fuera una lanza, con tal fortuna que se hundió increíblemente en aquel cuerpo blando y fuerte a la vez que rebotó, atravesado, contra los guijarros.

Una carcajada brotó, ronca, dura, de la garganta de Norton.

No se entretuvo en contemplar el horroroso aspecto del rostro del moribundo, que pugnaba por arrancar aquella lanza que le estaba destrozando.

El que seguía indemne, aunque su rostro no expresaba emoción alguna, había quedado hipnotizado ante la visión de su congénere.

Norton, rápido, sintiendo circular velozmente la sangre por sus venas, disparó tres veces contra aquel estático ser. Le vio retorcerse durante breves segundos, para, al fin, caer blandamente al suelo.

Antes de entrar en el laboratorio, recuperó aquella barra de metal, que le estaba proporcionando insuperables servicios. Luego, tuvo que correr hacia la nave, para evitar el fétido olor que desprendía el cuerpo de aquel individuo, que ya empezaba a enrarecer la atmósfera para Norton.

Entró en la nave, preguntándose cómo podría abrir aquella puerta convexa. Pero se llevó una enorme sorpresa al ver, recostado contra la pared, y sonriente, a Werbener.

-¡Werbener!

-Hola, Sprague. Has organizado un buen lío en mí honor, ¿eh? Norton encajó fuertemente las mandíbulas.

-Creo que las burlas sobran, Werbener. Vengo a matarle.

-¿A mí? ¿Por qué?

Norton soltó una leve risita y se acercó más al Maestro Espacial.

-¿También usted ha perdido la memoria? -gruñó-. ¿Ha olvidado su traición?

-Me duele oírte hablar así, muchacho...

-¡Cínico! -gritó, furioso, Norton, interrumpiendo a Werbener.

El viejo científico frunció el entrecejo.

-¿Por qué te comportas tan estúpidamente, máxime cuando luego habrás de pedirme disculpas?

Norton le miró fijamente, asombrado.

-Pero...

-Sin peros. Contra esos individuos no se puede luchar empleando la violencia. Matarás a unos cuantos, pero quedan muchos. Muchísimos. A los que nosotros no hemos visto, por supuesto. Contra ellos debemos emplear la astucia... Eso ya debes saberlo, ¿no?

-Efectivamente, pero... -balbuceó Norton. Werbener le interrumpió con un ademán.

-Ante tu comportamiento impropio, tuve que simular mi desacuerdo contigo y procurar hacer creer a Iano que actuaría a su conveniencia. ¿Por qué lo hiciste, sabiendo que Iano nos escuchaba? ¿Qué hubiera sido de nosotros, si yo me hubiera mostrado leal a la Tierra?

-Pero yo intenté destruir los aparatos y...

-¡Naturalmente que te lo quería impedir! Tú no podías saber en lo que yo estaba trabajando, Sprague. Tenía que defender la máquina que..., que nos puede devolver a la Tierra, Es decir, que os puede devolver a vosotros, a las jóvenes y a ti...

El rostro de Werbener se había arrugado repentinamente. Sus ojos brillantes, expresaban una extraña satisfacción, pese al sacrificio que sus palabras llevaban implícito.

-¿Acaso creías que, realmente, me dedicaba a obtener los inmunizadores contra vibraciones?

Un mudo reproche avergonzó a Norton, ¡y él había estado a punto de estrangular a aquel hombre!

-Lo..., lo siento, Maestro... Perdí la serenidad y...

-No te disculpes, muchacho. En realidad, te comprendí entonces y te comprendo ahora. Sé también, que la serenidad no es, ciertamente, la virtud más corriente de los jóvenes.

Norton se humedeció tos labios con la lengua. Sus nervios vibraban de impaciencia, de deseos de actuar.

-¿Y usted, Maestro? ¿Qué será de usted?

-El sacrificio es para mí, muchacho. Lo único que puedo pediros es que me recordéis cuando estéis en nuestro Mundo. Os devolveré a la Tierra y, tan pronto haya cumplido este objetivo, procederé a la destrucción de cuanto esté a mi alcance. Esos malditos monstruos no tendrán jamás su inmunizador. Ni tendrán mi aparato emisor de ondas vibrátiles. Ni los terrestres tampoco. Todo morirá conmigo... Todo.

Un extraño fanatismo brilló en las pupilas de Werbener. Norton, apesadumbrado por haber dudado de él, le tendió humildemente la diestra, que Werbener estrechó en silencio.

-No me perdonaré haber dudado de usted. Maestro. Yo... El joven apretó los labios con resolución.

-Yo seré quien maneje la máquina, Werbener. Es usted quien debe regresar a la Tierra y seguir trabajando para la Humanidad...

-No. No, muchacho. Estás en un grave error. Aparentemente, yo, en mis setenta años de vida, no he hecho otra cosa que trabajar para mis congéneres... Pero no ha sido así. Fue mi vanidad, esa maldita vanidad que nos domina a los seres de escasa inteligencia, la que me empujaba a nuevos y constantes descubrimientos.

Calló unos instantes. Parecía meditar.

-Pero mi último invento ha estado a punto de costar la destrucción de nuestro Mundo. Como un «boomerang», mi arma se volvía contra nosotros... No es fácil discernir si lo que la mente humana es capaz de descubrir es conveniente o no... Somos demasiado débiles, a la par que ambiciosos...

Norton le miraba insistentemente, en silencio. Al fin, Werbener sonrió con resolución.

-¿Por otra parte, he conseguido algo que nos será muy útil. ¿Dónde están Gloria y Kary?

-Me temo que nos están necesitando, Maestro.

Werbener sonrió levemente. Sin pronunciar palabra, echó a andar hacia su laboratorio, haciendo una seña a Norton para que le siguiera.

El joven, durante unos instantes, vaciló. Contempló la enjuta figura de Werbener, y sus espaldas algo encorvadas. Caminaba con ligereza. Durante una fracción de segundo, Norton pensó en la posibilidad de que fuese entonces cuando mentía Werbener. Después de todo, ¿tenía alguna prueba de que cuanto había dicho era cierto? ¿Habría logrado, en verdad, el aparato proyector?

Para disipar sus dudas, caminó tras él. Cuando llegó al laboratorio, Werbener ya estaba esperando.

CAPÍTULO 10

Norton miró, sin comprender, aquel sencillo aparato que le mostraba Werbener.

-¿Qué es eso?

-Ahora lo verás funcionar. Pero debemos darnos prisa. Funciona con una carga magnética, cuya duración es muy breve... Quizás no alcance más allá de diez minutos.

Ante la impaciencia de Norton, Werbener sonrió. Sin más, apretó un pulsador.

Al instante, y sorprendiendo vivamente a Norton, un repiqueteo agudo, vibrante, potente, partió de aquel aparato, hiriendo los oídos de los dos hombres.

-¡No perdamos tiempo! -gritó Werbener-. Hemos de conseguir tener con nosotros a las muchachas antes de que se agote la carga.

Como una sirena terrestre, el agudo pitido que emitía el aparato llegaba a los rincones del Centro que ocupaban.

Los dos hombres, corriendo alocadamente, siguieron la dirección que conducía a la nave de Iano frente a la cual habían quedado las dos jóvenes terrestres.

Aunque amortiguado por la distancia, las vibraciones de aquella sirena llegaban con bastante potencia a aquella nave.

De súbito, casi por sorpresa, Norton y el Maestro tropezaron con el grupo de «sacayocos» que habían rodeado a Gloria y a Kary, las cuales, pese a ello, conservaban la suficiente serenidad para protegerse a costa de Orma.

Una carcajada nerviosa, histérica, partió de los labios de Gloria, cuando empezó a oír la sirena. Le hubiera gustado penetrar en las sensaciones de aquellos seres, que empezaron a temblar como azogados.

Otros, menos sensibles, retrocedieron, dejando a Orma sola ante las dos terrestres, con un creciente estremecimiento de su repulsivo cuerpo.

Algunos de los «sacayocos», quizás los más viejos, empezaban ya a desintegrarse, entre extraños y apagados gruñidos y convulsiones.

Era horroroso contemplar cómo los pies primero y luego las piernas iban desapareciendo de aquellos seres. Kary, al borde del desvanecimiento, se había aferrado a Gloria, y evitaba mirar aquella escena que jamás olvidaría.

Cuando Gloria divisó la carrera de Norton y del Maestro, ya la intensidad del sonido iba decreciendo y los que no habían perdido materia iban recobrando la normalidad, aunque muy lentamente.

Norton, lívido, jadeando por la carrera, llegó junto a ellas.

Sin pronunciar palabra, arrastró a ambas, tirando de sus brazos. Werbener, algo más rezagado, al ver que Norton conseguía librarlas de aquel círculo hediondo, mortal, empezó a desandar el camino.

Apenas dos minutos después, la atmósfera ya estaba enrarecida de tal modo, que resultaba casi imposible respirar.

Ya la sirena había agotado su carga magnética, sumiendo en un deprimente silencio el ambiente.

Entre los guijarros, sintiendo mil dolores, los terrestres corrían alocadamente hacia el laboratorio.

Por fin, lo alcanzaron.

Los ojos de las dos mujeres estaban llenos de lágrimas. Sus pechos estaban alterados. Sus respiraciones silbaban.

-Adentro, pronto -dijo Norton, empujando a ambas.

Las muchachas obedecieron maquinalmente. En sus retinas seguía viva, latente, la impresión de lo que habían presenciado unos minutos antes. Sus cerebros se negaban a admitir que todo aquello había sido una realidad.

No obstante, había sido cierto. Y la situación seguía existiendo.

Recorrieron el pasillo metálico, hasta alcanzar la puerta convexa, que cerraron lo mejor que pudieron, para poder oírse entre sí, al anular la situación de vacío.

Allí, exhaustos, con los nervios destrozados, deseando el final de aquella horrible pesadilla, los terrestres se dedicaron a normalizar sus respiraciones.

Gloria y Kary, asombradas, casi furiosas, contemplaban la luz de triunfo prendida en las pupilas de Norton y Werbener.

-Nunca... nunca podremos salir de aquí... -balbuceó Gloria-. Simplemente hemos ganado una escaramuza. ¿Cómo consiguió la sirena, Maestro?

-Dedicando mucho tiempo a ella, después de logrado mi principal objetivo -sonrió Werbener.

-No lo entiendo muy bien... Ustedes un traidor y... Sin hacerle

demasiado caso, Werbener prosiguió:

-La sirena era un complemento indispensable para que mi aparato no resultase inútil por completo. Sin la sirena no hubiéramos llegado hasta aquí.

-¿Y de aquí, Maestro, a dónde?

-A la libertad -murmuró, suavemente, Werbener. Las dos mujeres respingaron. Un soplo de esperanza hizo latir con fuerza sus corazones. Kary avanzó hacia Norton, mirándole fijamente a ¡os ojos.

-Norton...

-Se trata de una realidad, querida. Creo que todos deberíamos pedir disculpas al Maestro, a quien deberemos algo mucho más precioso que la vida misma. En realidad, las palabras sobran. Sería un pobre exponente de lo que significa el sacrificio de Werbener.

En aquel instante, un micrófono lanzó un aviso. La voz de Orma.

Por lo visto, existían otras conexiones, aparte de las que Norton había destruido.

-He tardado tanto en ponerme en contacto con vosotros porque la ira nublaba mi cerebro -empezó-. Mi padre ha muerto. Y vosotros permanecéis en mi poder. Quizás por primera vez en la historia de «Sacoy» se cumplirán sentencias de muerte en época prohibida.

Norton respondió con una carcajada.

-Cometiste un grave error al menospreciarnos, Orma. ¿Creíste en la adhesión de Werbener? Ha sido a vosotros a quienes ha engañado, burlado.

-Ya no importa, terrestre. ¿Cómo vais a salir de ese laboratorio?

-Fácilmente, Orma -dijo, sencillamente, el Maestro.

Se dirigió hacia Gloria y con voz fuerte, vibrante, en la que latía el triunfo, dijo;

-Tú, Gloria, serás la primera en llegar a la Tierra. Dame tu brazo derecho.

Gloria, muy pálida, se acercó a Werbener, entre un silencio impresionante.

-¿Qué haces, Werbener? -inquirió Orma-. ¿Qué haces?

Tras una hábil operación de Werbener, Gloria, desvanecida, quedó tendida en el suelo, junto a unos aparatos que el Maestro conectó en varios sitios de su cuerpo.

Norton apretó los puños. De buena gana hubiera apartado los ojos de

Gloria, pero parecía incapaz de ello. Se sentía atraído, fascinado. Kary, por su parte, muy apretada contra Norton, temblaba junto al pecho del hombre.

De súbito, un ruido quebrado; un siseo; un resplandor.

-¡Werbener! -gritó Orma.

Por primera vez parecía haber perdido su calma. Su sangre fría.

Tras unos instantes de estupor por parte de los terrestres, el Maestro, triunfante, mostrando el orgullo en sus brillantes pupilas, habló con voz clara, serena.

-Gloria Farrow acaba de llegar a la Tierra, Orma.

-¡Imposible! Estás mintiendo. Todos sois unos embusteros. ¿Cómo podrías conseguirlo? No sois lo suficientemente inteligentes como para lograr la proyección perfecta.

-Eso os ha perdido, Orma -rió Werhener-. Vuestra superioridad, que os ha hecho ser ingenuos. ¿Por qué razón en la Tierra no ha de haber seres superiores a vosotros? ¿Acaso no es una parte del Cosmos? Hay vida allí, Orma. Y vosotros lo habéis olvidado.

Mientras hablaba, Werbener había hecho una seña a Kary, que, temerosa, se acercó a él. De cuando en cuando, echaba rápidas ojeadas sobre Norton, quien, muy pálido, intentaba infundirle ánimo.

-Ahora, Kary Winter -dijo, sencillamente, Werbener.

El Maestro repitió la operación y a los pocos minutos, anunciaba la llegada de Kary a la Tierra.

-¿Seguro, Maestro? -inquirió, con voz débil, Norton.

-Seguro. ¿Oyes, Orma? Silencio.

No hubo respuesta a la pregunta.

Los dos hombres se miraron.

-Vamos, Sprague -apremió el Maestro-. Me temo que Orma se dirige hacia aquí para comprobar hasta qué punto es cierto lo que he dicho. Y seguro que no viene sola.

Unas gotas de sudor resbalaron hasta los labios de Norton, quien sintió la salazón de la transpiración.

-Estoy dispuesto. Maestro. No obstante, sigo considerando que es usted quien debiera volver a nuestro Mundo.

-Yo ya dije la última palabra al respecto, muchacho. Y creo que como no te des prisa, te vas a quedar aquí conmigo.

Norton apretó los labios.

-Si hubiera algún medio de rescatarle... En la Tierra el progreso es evidente... Puede que algún día podamos llegar hasta aquí...

-Será tarde, Sprague. ¿Quieres acercarte de una maldita vez?

Norton cedió en su resistencia. ¿Qué podía hacer? Sería estúpido por su parte no aprovechar aquella oportunidad...

-Como quiera, Werbener. Su sacrificio será conocido en la Tierra.

Werbener rió extrañamente.

-Creo que no.

-¿Porqué?

-El Consejo de la Tierra no creerá prudente dar a conocer este episodio vivido por cuatro Humanos. Es lógico. Por otra parte, no existirá más prueba que vuestra palabra, ya que pienso destruir todos mis trabajos.

Norton inclinó la cabeza y dejó que Werbener manipulara en su cuerpo.

Poco después, el Maestro, satisfecho de su obra, reía. De súbito diose cuenta de que no oía su propia risa. Suspiró. Ya estaba allí Orma.

-¡Werbener!

-Aquí, Orma. Yo no he podido trasladarme:

Tras Orma llegaron un tropel de «sacayocos» armados, que, al parecer, estaban muy excitados.

Orma estaba furiosa, a juzgar por sus movimientos inquietos.

-¿Es posible que lo hayas conseguido?

-Sí.

-Bien. Admito mi derrota en cuanto a ellos. No obstante, tú vas a morir.

Werbener sonrió. -¿Es que a ti no te importa la vida?

-No pensaba en eso. Pensaba en que tú, yo y todos esos fantasmones, dentro de muy poco rato vamos a desaparecer del Cosmos.

-A eso en la Tierra se le llama locura, Werbener.

-En cierto modo, sí. Pero no puedo privarme del placer de destruir la parte de vuestro Mundo dedicada a la Ciencia. Vuestras generaciones futuras dirán que fuisteis poderosos, hasta que unos extraños llegaron a «Sacoy»... Prisioneros... Cuatro humanos destruyeron vuestro poder...

Orma hizo una seña a sus congéneres. Pero en aquel instante, tras

proferir una carcajada diabólica, ronca, dura, Werbener daba un manotazo a un conmutador.

El Apocalipsis se desató en aquel Mundo extraño, que pareció resquebrajarse, hundirse en el infinito. Destrucción y muerte; horror. Era el postrer sacrificio de Werbener en aras de la Tierra.

Murió sin poder comprobar los efectos de su invento más destructivo, realizado gracias a la energía existente en aquel Mundo, que supo volver contra ellos.

Duras horas de labor infatigable habían salvado a la Tierra.

No obstante, no pudo ver la horrorosa muerte de Orma y los suyos. No pudo ver las ruinas de aquel Centro de investigaciones que parecía haber quedado enterrado bajo los guijarros. Murió lejos de su Mundo, pero no serla fácilmente olvidado.

* * *

El general J.L. Haynes contemplaba, sin querer conceder, crédito a lo que estaba oyendo a Norton, Kary y Gloria.

Norton, sentado en un cómodo sillón, fumaba cigarrillo tras cigarrillo, sin poder disimular el placer que ello le proporcionaba.

Kary y Gloria, sonrientes, llenas de vida, permanecían al lado del joven.

De todos modos, señor -dijo, al fin, Norton-, he fracasado en mi misión. No he podido salvar al Maestro Werbener, ni recuperar su emisor de ondas. Él, voluntariamente, eligió el sacrificio. Y todo ha desaparecido con él.

Haynes les miraba como a aparecidos. Hacía mucho rato que no pronunciaba palabra.

-Estoy atónito, Norton. Cierto que cuento también con el testimonio de estas dos señoritas, pero...

Norton le interrumpió irrespetuosamente, con un ademán.

-En realidad, señor, quisiera pedirle un favor muy especial.

-¿Qué es ello?

-Sencillamente, respetar la última voluntad de un hombre que estará ya muerto: Werbener. Que nada de esto sea conocido. Él sacrificó su vida y su gloria. Nosotros podemos sacrificar nuestros deseos de dar a conocer la más grande aventura vivida por el hombre. Incluso Kary ha prometido olvidar su

reportaje. No habrá reportaje. Nadie sabrá que existe un Mundo que ha estado a punto de convertirnos en sus esclavos.

Entre los cuatro presentes en aquella entrevista, se hizo un intenso silencio. Cada uno de ellos, en su cerebro, recogía una imagen de Werbener.

-Pero eso es absurdo, Norton -indicó Haynes, rompiendo, al fin, el silencio-. Werbener hubiese podido...

-No, señor. Imposible para él volver... Unos minutos antes de que me proyectase a mí, confesó su secreto.

Las palabras de Norton habían sonado roncas, algo veladas por una fuerte emoción.

Las dos jóvenes, asombradas, miraron a Norton.

-No pensaba divulgarlo, pero creo que es necesario, para encontrar una explicación a la conducta de Werbener.

-¡Habla ya, diablos! -bufó Haynes.

Norton sonrió. Exhaló una gran bocanada de azulado humo.

-Sí..., sí. Werbener, mientras trabajaba activamente en aquel laboratorio, sintió un cambio producido en su estado físico. Una extraña enfermedad había penetrado en su organismo, convirtiendo su carne en una masa amorfa... Sabía que ello era producto de la energía en que basó nuestra proyección. Algo así como nuestra radiactividad, pero mucho más dañina, cuando menos para el hombre...

Hizo una pausa. Su rostro estaba contraído, tenso.

-Por eso no podía volver. Y no podía dejar que Orma se aprovechara de sus descubrimientos, de los cuales había quedado constancia con la serie de fórmulas que Werbener legaba. Lo destruiría todo. Y estoy seguro de que lo debe haber conseguido. Él sabía que el hombre, con la energía de su Mundo, tiene límites que jamás podrá traspasar. Él lo hizo, a costa de su vida.

Haynes pestañeó, asombrado.

-Está bien. Creo que merece todo nuestro respeto y nuestro silencio.

Con aquellas palabras, Haynes parecía dar por terminada la entrevista. Abandonó su asiento, siendo imitado por los demás.

-Tú, Gloria, quédate... Deja que esos dos vayan a arrullarse a cualquier sitio. Pero en soledad.

Los dos jóvenes sonrieron. Norton, sujetando de un brazo a Kary la arrastró hacia la salida de la sede de la Brigada de Defensa Espacial. Allí,

esperaba el automóvil de Norton.

Al pisar la calle, ambos, impulsados por el mismo sentimiento, miraron hacia las estrellas. Lejanas. Luminosas. Extrañas.

-¿A dónde, Norton?

-A aturdimos un poco, querida. Quiero sentirme como toda la gente tranquila y confiada que nada sabe de lo ocurrido. Quiero mezclarme con ellos y comprobar que tengo su misma vida y alegría. Contagiarme de su optimismo producto de la ignorancia. Y, para empezar, Kary...

Súbitamente, Norton se había detenido muy cerca del automóvil. Con ambos brazos rodeó la breve cintura de Kary. La miró a los ojos y aspiró su perfume.

-Para empezar, Kary... -repitió, interrumpiéndose para besar los labios de la muchacha.

Cuando se separaron, Kary murmuró:

-Lo estaba deseando, querido. Quiero vivir en mi mundo, en nuestro Mundo, y olvidar que hemos estado prisioneros del Cosmos. De ese Universo misterioso y aterrador...

FIN

215

¡GUERRA INTERESTELAR!

¡LOS SISTEMAS PLANETARIOS DE CASTOR Y POLUX SE SEPARAN DE LA CONFEDERACION TERRESTRE!

Esta era la noticia que por todos los medios de difusión se dispersó a los más lejanos confines del Universo. Diez años de conflicto y no había forma de terminarlo.

Ellos también son humanos

Bajo estas premisas se inicia la novela de trepidante acción que, salida de la pluma de uno de los mejores autores del genéro

V. A. CARTER

saldrá a la luz en breve.

Ellos también son humanos

¡Nadie quería la guerra! ¡Los motivos de ella eran vagos e inconsistentes, pero fuerzas ocultas se oponían a una solución pacífica!
Léala. Lo lamentará toda su vida si deja de adquirir el próximo número de la interesante colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA   *Precio: 7 pesetas.*

Distr. en Argentina por FOLIA. Maipú, 924. Bs. As. $ 10 m./n.